

Audiolibro Servidumbre Humana W
Somerset Maugham Cap Tulos Del 41
Al 47

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Stella Small (Kenora)** - - - - 41. Philip descendió al bulevar Montparnasse. Lo que veía no lo comparaba del todo con el París que había visto en primavera durante su breve estancia en el Hotel San George —pensaba en la actualidad con espanto en aquel período de su existencia—, pero en cambio le recordaba, en cierto modo, su concepción de una ciudad de provincia. Un aire especial, una indolencia como difuminada en el ambiente, y los largos espacios de las calles, inundados de sol, invitaban a soñar. La vida blanca de las calles, las hileras de árboles, la misma atmósfera, eran por demás agradables, y Philip se sentía ya como si estuviera en su casa. Callejó mirando a la gente. Parecía que incluso las personas más vulgares tuvieran cierta elegancia; los obreros con fajas encarnadas y los pantalones holgados, y los soldaditos con el atildado uniforme... Llegó a la avenida del Observatorio y lanzó un suspiro de alegría ante la imponente y, sin embargo, graciosa perspectiva. Después llegó hasta los jardines del Luxemburgo; había niños que jugaban, nodrizas adornadas con largas cintas, que marchaban de dos en dos; hombres indiferentes que pasaban apresuradamente con una cartera bajo el brazo, jóvenes extrañamente vestidos. La escena era delicada y convencional; la naturaleza desordenada habría parecido bárbara. Philip estaba encantado. El hallarse en aquel lugar, del cual había leído tantas descripciones, le excitaba. Para él era un suelo clásico y lo contemplaba con el respeto y la alegría que un viejo profesor podría experimentar al encontrarse por vez primera delante de la risueña llanura de Esparta. Mientras paseaba vio por casualidad a miss Price sentada en un banco. Dudó, pues en aquel momento deseaba estar solo, y las maneras bruscas de aquella mujer le parecían fuera de lugar en medio de la felicidad que sentía palpar en torno suyo; pero habiendo adivinado su carácter quisquilloso pensó —desde el momento que ella le había visto— que sería cortés acercándose a saludarla. —¿Qué hace usted aquí? —le preguntó ella. —Admiro. ¿Usted no? —¡Oh!, yo vengo todos los días de cuatro a cinco. Creo que el trabajo continuo, sin una interrupción, no es provechoso. —¿Puedo sentarme un momento? —¡Como guste! —No es usted una persona que infunda muchos ánimos —dijo riendo Philip. —No soy capaz de decir cosas amables. Philip, un poco desconcertado, guardó silencio y encendió un cigarrillo. —¿Le ha dicho alguna cosa Clutton de mi trabajo? —le preguntó ella de pronto. —No, me parece que no. —No tiene el menor talento, ¿sabe usted? Se cree un genio, pero está equivocado. El genio supone una capacidad infinita de trabajo. Lo único que hace falta es trabajar. Si uno se empeña en llegar, llega. Hablaba con una apasionada decisión que impresionaba. Lucía un sombrero de paja negra a la marinera, una blusa blanca, no muy limpia, y una falda de color castaño. No llevaba guantes y sus manos estaban reclamando agua y jabón. Era tan poco atrayente que Philip lamentó haber empezado a hablar. No acertaba a comprender si la mujer deseaba que permaneciese allí o bien que se fuera. —Haré todo lo que pueda por usted —le dijo ella de improviso, sin que esto tuviera la menor relación con lo que se había dicho antes—. Sé que los principios son difíciles. —Le aseguro que se lo agradeceré mucho —dijo Philip, el cual, después de una pausa, añadió—: ¿Quiere usted venir a tomar el té conmigo en cualquier parte? Ella le miró y enrojeció. Cuando sucedía esto su piel se cubría de manchas, tomando el aspecto de una crema de fresas echada a perder. —No, gracias. ¿Por qué cree usted que deseo tomar el té? He acabado de comer hace poco. —Pero... Era para pasar el tiempo. —Si le parece a usted largo, no crea que debe preocuparse por mí. Puedo permanecer muy bien sola. En aquel momento pasaron dos hombres vestidos de terciopelo castaño, con anchísimos pantalones y boina. —¿Son estudiantes de Bellas Artes? —preguntó Philip—. Parecen arrancados de la Vie de bohème. —Son americanos —respondió miss Price con desprecio—. Los franceses de treinta años no van ya vestidos de esa forma. Pero los

americanos del Far West se apresuran a comprarse esos trajes y a hacerse fotografiar en cuanto llegan a París. A lo más que llegan en materia de arte es a esto. Pero se divierten. Es gente que tiene dinero. Lo pintoresco de aquellos trajes gustó a Philip. Le parecía que denotaban un espíritu romántico. Miss Price le preguntó la hora que era. —He de volver al estudio —dijo—. ¿No viene usted a la lección de la tarde? Philip ignoraba la existencia de esa lección. Su compañera le explicó entonces que de cinco a seis todas las tardes iba un modelo, y todos podían ir a dibujar lo que quisieran pagando cincuenta céntimos. El modelo lo cambiaban cada día y era un ejercicio excelente. —No creo que esté usted en condiciones de hacer esto; es mejor que espere un poco. —¿Por qué no intentarlo? No tengo nada que hacer. Se pusieron en pie y se encaminaron hacia el estudio. Philip no acertaba a comprender si miss Price deseaba su compañía o si hubiera preferido ir sola. Philip se encontraba en una situación embarazosa por demás; la joven no hablaba y a sus preguntas respondía de mala gana. En la puerta del estudio había un hombre con una gran bandeja donde todos los que entraban depositaban el medio franco. El estudio estaba más lleno que por la mañana y no había preponderancia de ingleses y americanos. También las mujeres estaban en minoría. Philip halló aquella reunión parecida a lo que esperaba encontrar. Hacía mucho calor, y muy pronto el aire se enrareció. El modelo era un viejo con una gran barba gris, y Philip intentó poner en práctica lo poco que había aprendido por la mañana, pero el resultado fue desastroso. Comprendió entonces que estaba muy lejos de saber dibujar como había creído. Lanzó una mirada de envidia a los esbozos de sus vecinos y se preguntó si alguna vez sería capaz de manejar el carboncillo con aquella maestría. La hora pasó rápidamente. No queriendo dar trabajo a miss Price se había sentado un poco lejos de ella. Al final, cuando ya se marchaba, miss Price le preguntó de pronto cómo se las había arreglado. —No muy bien —repuso Philip sonriendo. —Si se hubiese usted dignado sentarse junto a mí le habría podido dar algún consejo. Pero, naturalmente, se ha creído con suficientes arrestos. —No, no ha sido por eso. Temía molestarla. —Si me molestara usted, se lo diría sin cumplidos. Philip creyó percibir, bajo aquel tono descortés, el ofrecimiento de una ayuda, y le dijo: —Perfectamente, mañana le impondré mi vecindad. —No me importa. Philip salió, preguntándose qué haría hasta la hora de la cena. Estaba impaciente por hacer algo característico. Absinthe! Desde luego, era la cosa más indicada. Entonces se dirigió hacia la estación, sentóse a la puerta de un café y pidió la bebida, experimentando al beberla disgusto y satisfacción a un tiempo. El sabor era nauseabundo; pero, en cambio, el efecto moral que producía resultaba extraordinario. Ahora sentíase estudiante en el más amplio sentido de la palabra. Y como bebía con el estómago vacío el efecto que hizo sobre su espíritu fue divertido. Contemplaba la multitud y le parecía que todos los hombres eran sus hermanos. Sentíase feliz. Cuando llegó a Gravier, la mesa de Clutton estaba llena. Pero éste, al ver a Philip, que entraba cojeando, le llamó y entre todos le hicieron sitio. La cena era frugal. Una sopa, un plato de carne frita, queso y medio litro de vino. Pero Philip no se fijó en lo que comía. Observaba a los invitados sentados en su mesa. Se hallaba presente Flanagan, un joven americano de nariz chata, rostro alegre y boca sonriente. Llevaba una chaqueta de corte excéntrico, zapatos azules y una boina fantástica. En aquella época el impresionismo reinaba en el Barrio Latino, pero su victoria sobre la vieja escuela era todavía reciente: Carolus-Duran, Bouguereau y otros se alineaban contra Manet, Monet y Degas. Estimar a estos últimos era prueba de gusto. El pintor americano Whistler ejercía gran influencia sobre los ingleses y sobre sus compatriotas, y los entendidos hacían colección de estampas japonesas. Los viejos maestros eran puestos a prueba por los nuevos ideales. La admiración que desde siglos se había tenido por Rafael era objeto de burla para los jóvenes. Hubieran dado con gusto toda la obra de Sanzio por la cabeza de Felipe Cuarto, de Velázquez, que se halla en la National Gallery. Philip se encontró en medio de una ardiente discusión artística. Lawson, al que había conocido al mediodía, se sentaba al lado de él. Aquel joven delgado, de cabellos rojos y rostro lleno de pecas, poseía unos vivacísimos ojos de color verde. Mientras Philip estaba sentado le miró, declarando de pronto: —Rafael era tolerable nada más que cuando pintaba los cuadros de los otros. En los del Perugino o del Pinturicchio, era delicioso; pero cuando pintaba los de Rafael... —encogió los hombros— era Rafael. El tono agresivo sorprendió a Philip, pero una brusca interrupción de Flanagan le dispensó de responder. —¡Al diablo el arte! ¡Pillemos una buena borrachera! —Tú ya la pillaste ayer por la noche, Flanagan —observó Lawson. —No tendrá comparación con la que quiero coger esta noche —repuso Flanagan—. ¡No faltaría más que estando en París pensáramos sólo en arte! —hablaba con marcado acento americano—. ¡Dios mío, qué bella es la vida! —se encogió y dio un puñetazo sobre la mesa—. ¡Al diablo el arte os he dicho! —No solamente lo has dicho, Flanagan, sino que lo repites con aburrida insistencia —dijo con entonación severa Clutton. En la mesa había otro americano vestido como los bellos jóvenes que Philip había visto aquella tarde en el Luxemburgo. Poseía un atrayente, delgado y ascético rostro y ojos negros. Llevaba el teatral traje con la desenvoltura de un boucanier. Sus espesos cabellos negros le caían continuamente sobre los ojos, y su gesto más frecuente era el de echar la cabeza hacia atrás dramáticamente para apartar algún largo mechón. Empezó a hablar de la Olympia de Manet, que a la sazón estaba expuesta en el Luxemburgo. —He permanecido hoy una hora delante de

ella y os aseguro que no es un cuadro bello. Lawson dejó el tenedor y el cuchillo. Sus verdes ojos despedían llamas y la cólera le hacía jadear, pero exteriormente consiguió aparecer muy tranquilo. —Es muy interesante escuchar la opinión de un salvaje inculto. ¿Quieres explicar por qué no es un bello cuadro? Antes de que el americano pudiera responder, otro intervino violentamente. —¿Afirma usted que ha contemplado el color de aquella cara y sostiene que no es bueno? —No digo eso; el seno derecho me parece que está muy bien logrado. Empezó a describir detalladamente la belleza del cuadro, pero en aquella mesa del Gravier todos los que hablaban largo rato hablaban para sí mismos. Nadie los escuchaba. El americano le interrumpió irritado: —¿No querrá decir que, según usted, la cabeza es buena? Pálido de ira, Lawson empezó a defender la cabeza. Pero Clutton, que había escuchado sin decir nada, con una expresión de desprecio, se decidió a intervenir. —Dejad la cabeza. No tiene ninguna importancia en el conjunto del cuadro. —Bien, dejemos la cabeza —exclamó Lawson—. Cógela y vete al diablo. —Y de las líneas negras, ¿qué me dice? —gritó el americano triunfante, echando hacia atrás un mechón de cabellos que casi rozaba con el plato—. En la naturaleza no creo que se vea una línea negra en torno a los objetos. —¡Dios, envía tus llamas para que aniquilen al blasfemo! —exclamó Lawson—. ¿Qué tiene que ver la naturaleza? Nadie sabe lo que es y lo que no es. El mundo entero ve la naturaleza a través de los ojos del artista. Durante siglos y siglos ha visto a los caballos saltar un obstáculo con las cuatro patas tendidas. Pues bien, estaban tendidas. Ha visto las sombras negras hasta que Monet descubrió que eran rojas. Pues bien, señor mío, eran rojas. Si circundamos los objetos con una línea negra, el mundo la verá y será una línea negra; si pintamos la hierba roja y las vacas azul turquí el mundo verá roja la hierba y azul turquí las vacas, y así sucesivamente. —¡Al diablo el arte! —murmuró Flanagan—. Quiero emborracharme. Lawson no le prestó atención. —Escuchad esto. Cuando la Olympia fue presentada en el Salón, Zola, en medio de la batahola armada por los filisteos, los silbidos del público y la desaprobación de los académicos, declaró: «Estoy seguro de que un día el cuadro de Manet lo veremos en el Louvre junto a la Odalisca de Ingres, y no será la Odalisca la que salga ganando en la comparación». Nos acercamos a ese momento. Dentro de diez años la Olympia estará en el Louvre. —¡Jamás! —gritó el americano empleando sus dos manos en un esfuerzo definitivo para domar sus rebeldes cabellos—. Dentro de diez años ese cuadro será olvidado. Es sólo cuestión del momento. Ningún cuadro puede vivir si no tiene lo que a éste le falta por completo. —¿Y qué es lo que le falta? —El gran arte no puede existir sin un elemento moral. —¡Ya estamos! —gritó Lawson furibundo—. Me lo esperaba. ¡Tiene necesidad de la moral! —juntó las manos y las elevó hacia el cielo, como si fuera a hacer una súplica—. ¡Oh, Cristóbal Colón! ¡Oh, Cristóbal Colón! ¿Qué es lo que hiciste descubriendo América? —Ruskin dice... —pero antes de que pudiera añadir ninguna palabra más, Clutton, con notorio disgusto, golpeó violentamente sobre la mesa con el mango del cuchillo. —Señores —dijo con acento severo mientras su enorme rostro se arrugaba por efecto de la cólera que sentía—, ha sido pronunciado un nombre que creía no oíría nunca entre personas decentes. Podéis hablar de Bouguereau si queréis. Su nombre es de una repugnancia tal que hace que sea divertido. ¡Pero no ensuciemos nuestros castos labios con los nombres de John Ruskin, de GF Watts, o de EB Jones! —A propósito, ¿quién era Ruskin? —preguntó Flanagan. —Uno de los grandes hombres Victorianos. Un maestro del estilo inglés. —El estilo de Ruskin... construido a base de fragmentos y manchotes —dijo Lawson—. Por lo demás, ¡abajo los grandes Victorianos! Cuando abro los periódicos y leo: «Muerte de un gran Victoriano», doy gracias a Dios porque hay uno menos. El único talento que ha tenido es el de la longevidad y ningún artista debería vivir más de cuarenta años; a esa edad ha hecho ya su mejor obra y luego no hace más que repetirse. ¿No creéis que ha sido un gran bien para el mundo que Keats, Shelley, Bonnington y Byron murieran jóvenes? ¿Qué genio hubiera sido Swinburne si se hubiera muerto el día en que fue publicada la primera serie de sus Poems and Ballads! La idea gustó porque ninguno de los que estaban sentados alrededor de la mesa tenía más de veinticuatro años. Por una vez se mostraron unánimes. La discutieron. Alguien propuso que se hiciera una gran hoguera con las obras de los cuarenta académicos para arrojar a ella a los grandes Victorianos el día de su cuadragésimo aniversario. La propuesta fue aceptada por aclamación, Carlyle y Ruskin, Tennyson, Browning, GF Watts, E Be Jones, Dickens, Thackeray, todos irían a parar al fuego. Así como Gladstone, John Bright y Cobden. Cuando le llegó el turno a George Arnold y Emerson fueron abandonados alegremente. Por fin llegó el turno a Walter Pater. —Walter Pater, no —dijo Philip. Lawson le miró un momento con sus ojos verdes; luego asintió. —Tiene usted razón. Walter Pater es la única justificación de Monna Lisa. ¿Conoce usted a Cronshaw? Ha conocido a Pater. —¿Quién es Cronshaw? —preguntó Philip. —Un poeta. Vive aquí. Vámonos al Lilas. La Closerie des Lilas era un café adonde iban a menudo por las noches después de cenar. Allí se encontraba indefectiblemente Cronshaw, desde las nueve de la noche hasta las dos de la madrugada. Pero Flanagan se había cansado de conversaciones intelectuales, y ante la proposición de Lawson se volvió hacia Philip. —No, no; vamos a un sitio donde haya muchachas. Véngase conmigo a la Gaité Montparnasse. Cogemos una buena borrachera. —Prefiero ir a ver a Cronshaw que emborracharme —contestó riendo Philip. 42. Todos se

pusieron en movimiento. Flanagan y otros dos o tres se fueron al music-hall, mientras Philip se dirigía lentamente, con Clutton y Lawson, a la Closerie des Lilas. —Debía ir usted a la Gaité Montparnasse —le dijo Lawson—. Es una de las cosas más graciosas de París. Uno de estos días la pintaré. Influido por Hayward, Philip miraba con desprecio el café cantante, pero había llegado a París precisamente en la época en que se descubrían posibilidades artísticas en aquellos sitios. Los efectos de luces, las masas de color granate y oro viejo, las pesadas sombras y las líneas decorativas ofrecían nuevos temas. El cincuenta por ciento de los estudios del Barrio Latino contenían bocetos hechos en algunos teatros de variedades. Siguiendo el ejemplo de los pintores, también los literatos se empeñaban en hallar un valor artístico en aquellos ambientes. Actores con la nariz roja habían sido ensalzados hasta las nubes, por sus interpretaciones características. Se descubrió que gruesos cantantes, que habían vivido oscuramente durante veinte años, poseían una comicidad inimitable. Algunos experimentaban un placer estético ante los perros amaestrados, mientras otros agotaban su vocabulario para exaltar la distinción de los prestidigitadores y de los ciclistas acrobáticos. También el público había llegado a ser objeto de un simpático interés. Al lado de Hayward, Philip había desdeñado a la humanidad en masa, adoptando el aire del que se envuelve en la soledad y observa con disgusto los gestos del vulgo. Pero Clutton y Lawson hablaban de la multitud con entusiasmo. Describían el gentío que recorría las distintas ferias de París, y el mar de rostros entrevistados bajo el resplandor del acetileno, y el resonar de las trompetas, las estridencias de los pitos y el trueno de las voces. Todo lo que decían resultaba nuevo y extraño para Philip. Hablaron de Cronshaw. —¿No ha leído usted nunca nada de él? —No. —Sus obras han sido publicadas en *The Yellow Book*. Le miraban —como a menudo miran los pintores a los escritos— con desprecio porque no era de los suyos; con tolerancia, porque también él practicaba un arte, y con respeto porque se servía de una forma estética que no conocían a fondo. —Es un tipo extraordinario. Al principio experimentará usted tal vez un poco de desilusión. Para probar sus luces mejores es necesario haber bebido. Cuando llegaron al café, Lawson dijo a Philip que era necesario entrar dentro. Apenas si corría una ligerísima brisa otoñal, pero Cronshaw sentía un morboso terror hacia las corrientes de aire y hasta en los días más calurosos se sentaba en el interior. —Conoce todo lo que vale la pena de conocer —explicó Lawson—. Ha conocido a Pater y a Oscar Wilde, y conoce también a Mallarmé y a su grupo. El objeto de su búsqueda estaba sentado en el ángulo más resguardado del café. Tenía puesto el abrigo con el cuello levantado. Y el sombrero se lo había encasquetado de forma que le preservase de las corrientes de aire fresco. Era un hombre grueso sin llegar a la obesidad, de cara redonda, bigote pequeño, ojos minúsculos, y más bien estúpidos. Se hubiera dicho que era un guisante haciendo equilibrios sobre un huevo. Estaba jugando al dominó con un francés, y saludó a los recién llegados con una tranquila sonrisa. No habló, pero, como si quisiera hacer sitio, empujó hacia un lado al pequeño montón de platitos que indicaban el número de vasos que había ya ingerido. Dedicó un saludo a Philip cuando le fue presentado y continuó jugando. Philip no tenía gran conocimiento de la lengua francesa. París, desde hacía algunos años, hablaba un francés abominable. Al cabo, Cronshaw se reclinó en la silla con una sonrisa de triunfo. —Je vous ai battu —dijo con acento infame; llamó al camarero—: Garçon! —y se volvió hacia Philip—. ¿Acaba usted de llegar de Inglaterra? ¿Ha visto usted jugar mucho al críquet? Philip se quedó un poco desconcertado ante aquella pregunta que no esperaba. —Cronshaw conoce el promedio de todos los grandes jugadores de críquet de estos últimos veinte años —dijo Lawson sonriendo. El francés le dejó para ir a sentarse a una mesa en la que había varios amigos, y Cronshaw, con la lenta manera de hablar que era una de sus características, empezó a discutir los méritos relativos del Kent y del Lancashire. Les habló del último partido al que había asistido, describiendo todas sus fases. —Es lo único que me falta en París —prosiguió vaciando el bock que el camarero le había llevado—. Aquí no se juega al críquet. Philip estaba desilusionado, y Lawson, que había querido enseñar una de las celebridades del barrio, empezaba a impacientarse, Cronshaw tardaba mucho tiempo aquella noche en ponerse a tono, a pesar de que el número de platitos colocados junto a él indicaban los laudables esfuerzos que había hecho para conseguir embriagarse. Clutton, divertido, observaba la escena. Le parecía que en aquel detallado conocimiento del críquet había su punta de afectación. Cronshaw se divertía irritando a sus interlocutores, hablándoles de cosas que evidentemente los aburría. Clutton le hizo de pronto una pregunta: —¿Hace tiempo que no ve usted a Mallarmé? Cronshaw le dirigió una lenta mirada, como si diera vueltas en su mente a la pregunta, y antes de contestar golpeó en la mesa de mármol con uno de los platillos. —Traígame mi botella de whisky —gritó; luego se volvió de nuevo hacia Philip—. Tengo aquí una botella de mi propiedad. No quiero pagar cincuenta céntimos por cada vasito del tamaño de un dedal. El camarero llevó la botella y Cronshaw la miró a contraluz. —Han bebido. Camarero, ¿quién se sirve de mi whisky? —Mais personne, monsieur Cronshaw. —Hice una señal ayer en la botella. Mire. —Hizo usted una señal, pero luego continuó bebiendo. De esta forma es inútil hacer señales. El camarero era un tipo alegre y conocía muchísimo a Cronshaw. Éste le miró. —Si me da usted palabra de honor como señor y como caballero de que nadie sino yo ha bebido de mi whisky, aceptaré su declaración. Esta respuesta traducida

literalmente a su pésimo francés resultaba tan cómica, que la cajera no pudo menos de echarse a reír. —Il est impayable —murmuró. Cronshaw, al oírla, le dirigió una tímida mirada —era una gruesa matrona de edad madura— y le envió con la mayor solemnidad un beso. La mujer se encogió de hombros. —No tenga usted miedo, señora —dijo tristemente el escritor—; he pasado ya la edad en que las mujeres de cuarenta y cinco años y su gratitud podían tentarme. Se sirvió un poco de whisky y agua y bebió lentamente. Secóse luego la boca con el dorso de la mano. —Ha hablado muy bien. Lawson y Clutton sabían que esto era una respuesta a la pregunta sobre Mallarmé. A menudo, Cronshaw iba a las reuniones de los martes por la tarde, día en que el poeta y los literatos se juntaban, y discurrían con fina oratoria sobre cualquier argumento que viniera a cuento. Evidentemente Cronshaw había estado allí hacía poco. —Ha hablado muy bien y me ha gastado bromas. Ha dicho que el arte es la cosa importante del mundo. —Y si no lo es, ¿por qué estamos aquí? —preguntó Philip. —Ignoro completamente por qué está usted aquí. No es asunto mío. Pero el arte es un lujo. Los hombres conceden gran importancia a su conservación y a la propagación de la especie. Y sólo cuando estos instintos están ya satisfechos se interesan los hombres por lo que producen los escritores, los pintores y los poetas. Se interrumpió para beber. Llevaba veinte años sin haber resuelto el siguiente problema: ¿Le gustaba el alcohol porque le hacía hablar o le gustaba hablar porque le producía sed? Finalmente añadió: —Ayer escribí un poema. Sin que nadie se lo pidiera empezó a recitarlo muy lentamente, marcando el ritmo con el índice. Seguramente se trataba de un poema bellísimo pero en aquel momento entró una joven. Sus labios escarlata y el color de las mejillas no se debían ciertamente a la vulgaridad de la naturaleza. Sus cejas estaban pintadas y los párpados habían sido sombreados con un audaz azul que se prolongaba formando triángulo hasta la extremidad del ojo. Resultaba fantástico y divertido. Los cabellos, negros, le cubrían las orejas a la manera puesta de moda por Cléo de Merode. Los ojos de Philip se clavaron en ella, y Cronshaw, cuando acabó la lectura de sus versos, le sonrió indulgente. —No ha escuchado usted —le dijo. — ¡Oh, sí! —No se lo reprocho a usted porque me ha proporcionado una demostración de lo que he dicho antes: ¿qué es el arte ante el amor? Respeto y aplaudo su indiferencia ante la bella poesía cuando puede contemplar la fascinación meretricia de esa joven. La mujer pasó junto a la mesa, y Cronshaw la cogió de un brazo. —Siéntate a mi lado, querida niña, y representaremos la divina comedia del amor. —Fichez-moi la paix —repuso ella soltándose y pasando de largo. —El arte —continuó el poeta haciendo un ademán— es simplemente un refugio creado por los avispados lo bastante abastecidos de comida y de mujeres, con el fin de huir del tedio de la existencia. Llenó de nuevo su vaso y empezó a hablar con gran lentitud de arte. Hablaba con rotunda elocuencia, eligiendo con el mayor cuidado las palabras. Mezclaba la sabiduría y el absurdo de una forma sorprendente, tomando con la mayor gravedad el pelo a los que le escuchaban y dándoles a continuación los mejores consejos. Habló de arte, de literatura y de la vida. Unas veces se mostraba devoto y otras obsceno, unas veces alegre y otras triste. Bastante borracho ya empezó a recitar poesías suyas y de Milton, suyas y de Shelley, suyas y de Kit Marlowe. Finalmente, Lawson, cansado, se levantó. —Yo también me voy —dijo Philip. Clutton, el más silencioso de todos, se quedó escuchando con irónica sonrisa las divagaciones de Cronshaw. Lawson acompañó a Philip a su alojamiento y una vez allí le dio las buenas noches. Pero una vez acostado, el joven no logró dormirse. Todas aquellas nuevas ideas que habían sido lanzadas al descuido delante de él revoloteaban en su cerebro. Se hallaba extraordinariamente excitado. Sentía dentro de sí una gran fuerza. Nunca había sentido tanta confianza en sí mismo. —Sé que seré un gran artista —dijo para sí—. Lo siento. Otra idea le produjo un estremecimiento, pero no osó traducirla en palabras ni a sí mismo. — ¡Diablo! Creo que soy un genio. En realidad estaba borracho. Pero como había bebido sólo un vaso de cerveza, aquella embriaguez provendría de un veneno bastante más peligroso que el alcohol. 43. Los maestros pasaban la mañana de los martes y los viernes en Amtrano para criticar los trabajos de los estudiantes. El martes le tocaba el turno a Michel Rollin, un anciano de barba blanca y rostro rojo, el cual había ejecutado para el Gobierno cierto número de obras decorativas, objeto de mofa para sus estudiantes. Había sido alumno de Ingres y era refractario a los progresos del arte, además de sentir una gran irritación contra aquel tas de farceurs que respondían a los nombres de Manet, Degas y Sisley. Pero era un magnífico profesor, experto, amable y alentador. Por el contrario, Foinet, que acudía los viernes, era completamente distinto. Pequeño, encogido, con dientes horribles y el color bilioso, la barba gris descuidada y los ojos diabólicos, poseía una voz áspera y hablaba en tono sarcástico. Algún cuadro suyo había sido adquirido por el Museo de Luxemburgo, y cuando tenía veinticinco años pareció que iba a hacer una carrera brillantísima, pero su talento era debido a la juventud más que a la personalidad, y llevaba veinte años que no hacía más que repetir el paisaje que le había proporcionado su precoz éxito. Cuando alguien le reprochaba aquella monotonía contestaba: —Corot ha pintado una sola cosa. ¿Por qué no puedo hacer yo lo mismo? Envidioso de los éxitos de los demás, sentía un odio particular hacia los impresionistas, pues atribuía su propio fracaso a la moda extravagante que había empujado al público, sale bête, hacia la obra de aquéllos. Al genial desdén de Michel Rollin, que los llamaba impostores, Foinet añadía insultos, de los cuales los más

moderados eran *crapule* y *canaille*. Se divertía hablando de su vida privada y, con humorismo irónico, con detalles obscenos, atacaba la legitimidad de su nacimiento y la pureza de sus relaciones conyugales. No ocultaba su desprecio por los estudiantes cuyos trabajos examinaba. Era detestado y temido. A veces las mujeres lloraban a consecuencia de sus brutales sarcasmos, y aquellas lágrimas le hacían reír. No obstante las protestas de los que sufrían por su modo de ser; continuaba en el estudio porque indudablemente era uno de los mejores profesores de París. A veces, el viejo modelo que en la actualidad dirigía la escuela le hacía alguna observación, pero ésta se convertía muy pronto, ante la colérica insolencia del pintor, en excusa humildísima. Foinet fue el primero con quien Philip tuvo contacto. El maestro estaba ya en el estudio cuando el joven llegó, y pasaba de un caballete a otro acompañado de *mistress Otter*, la *massière*, la cual traducía sus observaciones para los que no entendían el francés. Fanny Price trabajaba febrilmente. Estaba pálida de emoción y, de vez en cuando, interrumpía su trabajo para secarse en la blusa la palma de la mano, que le transpiraba de angustia. De pronto se volvió hacia Philip con un gesto de ansiedad, que intentó disimular arrugando la frente. — ¿Qué le parece? — preguntó señalando su dibujo. Philip se puso de pie para mirarlo. Quedó sorprendido. Evidentemente aquella mujer no poseía la visión exacta de las cosas; su dibujo estaba torcido. — Me contentaría con tener solamente la mitad de la habilidad que posee usted. — No es posible. ¿Es usted un recién llegado y ya querría hacer lo que hago yo? ¿Sabe usted que trabajo desde hace dos años? Fanny Price producía asombro a Philip. La presunción de la joven era prodigiosa. Philip se había dado cuenta de que todos sus compañeros le tenían antipatía, cosa que no tenía nada de extraño habida cuenta que ella hacía todo lo posible para decir cosas desagradables. — Me he quejado de Foinet a *mistress Otter* — prosiguió —. Hace dos semanas que no mira mi dibujo. Permanece más de media hora contemplando el trabajo de *mistress Otter* porque ella es la *massière*. Después de todo, pago tanto como los demás, y creo que mi dinero vale tanto como el suyo. No sé por qué no me atiende como a los demás. Cogió de nuevo el carboncillo, pero después de un momento lo dejó lanzando un gemido. — No puedo seguir, estoy terriblemente nerviosa. Miró a Foinet, el cual venía hacia ellos en compañía de *mistress Otter*. Ésta, bonachona, mediocre, contenta de sí, se daba aires de importancia. Foinet se colocó ante el caballete de una inglesita mal vestida que se llamaba Ruth Chalice. Poseía unos bellos ojos negros, lánguidos y apasionados, y un rostro delgado, ascético y al mismo tiempo sensual. Su piel era del color del viejo marfil, que estaba de moda en aquella época debido a la influencia de Burne-Jones. Foinet parecía estar de buen humor. No le dijo gran cosa, pero con unos cuantos trazos de carboncillo, rápidos y decididos, corrigió los errores. Cuando el maestro se volvió a poner de pie, *mistress Chalice* estaba radiante. Foinet se acercó entonces a Clutton. Philip, a su vez, comenzó a ponerse nervioso, pero *mistress Otter* le había prometido que le facilitaría las cosas. El profesor permaneció durante un momento ante el diseño de Clutton, mordiéndose el pulgar sin decir una palabra. Luego, con aire distraído, escupió en la tela el trocito de piel que se había arrancado con los dientes. — Esta línea está bien — dijo por fin indicando con el dedo lo que le gustaba —. Empieza usted a aprender a dibujar. Clutton no respondió, pero miró al profesor con su acostumbrado aire de indiferencia por la opinión de los demás. — Empiezo a creer que posee usted una brizna de talento. *Mistress Otter*, que no sentía simpatía por Clutton, se apretó los labios. A ella le parecía que en el trabajo de Clutton no había nada de extraordinario. Foinet tomó asiento y entró en detalles técnicos. *Mistress Otter* empezó a sentirse cansada de estar en pie. Clutton no hablaba, pero asentía con el gesto, y el profesor notó con satisfacción que el joven escuchaba todo lo que le estaba diciendo y que lo comprendía. Generalmente, los otros también le escuchaban, pero no le comprendían. A continuación Foinet se levantó y se acercó a Philip. — Viene sólo desde hace dos días — se apresuró a explicar *mistress Otter* —. Es un principiante. No ha estudiado nunca. — Ça se vut — contestó el maestro. Y pasó adelante. *Mistress Otter* le murmuró al oído: — Ésta es la señorita de que le he hablado. Foinet la miró como si fuera un animal repugnante y su voz adoptó un tono áspero. — Al parecer, cree usted que no me intereso bastante por usted y se ha quejado a la *massière*. Bien, muéstrame ahora el trabajo que desea que examine. Fanny Price enrojeció. Bajo su piel enfermiza la sangre tomaba un extraño tinte violáceo. Sin responder, mostró el dibujo en el que trabajaba desde principios de semana. Foinet tomó asiento. — Bien, ¿qué quiere usted que le diga? ¿Que es bueno? ¡No lo es! ¿Que está bien dibujado? ¡No lo está! ¿Qué tiene mérito? ¡No lo tiene! ¿Quiere usted que le indique los errores? Todo el dibujo es un puro error. ¿Desea usted saber qué es lo que debe hacer? Romperlo y tirarlo. ¿Está usted ya satisfecha? Miss Price palideció intensamente. Estaba sumamente irritada porque el maestro había dicho todas aquellas cosas delante de *mistress Otter*. Aunque hacía tiempo que estaba en Francia y sabía el francés, lo hablaba muy raras veces. — No tiene usted derecho para tratarme así — masculló en inglés —. Mi dinero vale tanto como el de los otros. Le pago para que me enseñe. Ésta no es forma de enseñarme. — ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho? — preguntó Foinet. *Mistress Otter*, titubeante, no tradujo las frases, pero miss Price repitió en un francés bastante desastroso: — Je vous paye pour m'apprendre. Te pago para que me enseñes. Con los ojos centelleantes de cólera, el maestro alzó la voz agitando el puño. — Mais, nom de Dieu! ¡No puedo enseñarle! ¡Es

más fácil dar lección a un camello! —Volvióse hacia mistress Otter—. ¿Cree usted que estudia para distraerse o bien cree de buena fe que podrá ganar dinero con la pintura? —Pienso ganarme la vida como artista —contestó miss Price. —Entonces tengo el deber de decirle que está usted perdiendo el tiempo. El hecho de que no tenga usted talento no importaría nada; de algún tiempo a esta parte el talento no importa gran cosa. Pero es que no tiene usted la más pequeña aptitud. ¿Cuánto tiempo hace que viene usted aquí? Un niño de cinco años dibujaría mejor que usted. Le aconsejo solamente una cosa: renuncie a más tentativas inútiles. Podrá usted ganarse más fácilmente la vida como criada que como pintora. Mire. Cogió un carboncillo que se rompió apenas lo apoyó en el papel; blasfemó, y, con el trozo que le había quedado en la mano, trazó algunas líneas firmes. Dibujaba rápidamente mientras hablaba, esputando airadamente las palabras. —Mire. Estos brazos no tienen la misma largura. La rodilla es grotesca. Y se lo he dicho, un niño de cinco años... ¿No ve usted que no se sostiene sobre las piernas? ¡Y este pie! A cada palabra el carboncillo trazaba una línea, y un momento después el trabajo al que Fanny Price había dedicado tanto tiempo estaba irreconocible; la confusión de líneas y de sombras era completa. Finalmente dejó el carboncillo y se puso en pie. —Hará usted bien, mademoiselle si intenta ser modista. —consultó el reloj—. Son las doce. A la semaine prochaine, messieurs. Nos vemos la próxima semana, señores. Miss Price empezó a coger lentamente su ropa. Philip se quedó el último para decirle alguna cosa consoladora. Pero no acertó a decirle otras palabras que éstas: —Estoy disgustadísimo. ¡Qué animal de hombre! La joven se volvió hacia él violentamente. —¿Se ha quedado usted para decirme esto? Cuando tenga necesidad de su simpatía ya se la pediré. Le ruego que me deje pasar. Salió por delante de Philip, y éste, encogiéndose de hombros, marchó cojeando hacia el Gravier. —Le está bien empleado —dijo Lawson cuando Philip le contó lo ocurrido—. Tiene un carácter infernal. Lawson era muy sensible a las críticas y, para evitarlas, hacía todo lo posible para no encontrarse en el estudio los días que iba Foinet. —No me interesa la opinión de los demás sobre lo que hago. Ya sé yo si lo que hago es bueno o malo. —Querrá usted decir que no le interesa la mala opinión de los otros —observó secamente Clutton. A primera hora de la tarde Philip pensó en ir al Luxemburgo para ver los cuadros. Al atravesar el jardín encontró a Fanny Price, que se encontraba sentada en el banco de costumbre. Picado por la forma descortés con que ella había acogido su tentativa de decirle una cosa amable, fingió no verla. Pero Fanny se levantó y se dirigió hacia él. —¿Me huye? —le dijo. —De ningún modo. Pero creí que no quería usted ser molestada. —¿Adónde va? —Quiero ver el Manet, del cual he oído hablar. —¿Quiere que vaya con usted? Conozco bastante bien el Luxemburgo. Podré enseñarle dos o tres cosas interesantes. Philip comprendió que, incapaz de presentarle excusas, miss Price le hacía aquel ofrecimiento para reparar su descortesía. —Es usted muy amable. Con mucho gusto. —Si prefiere ir solo, dígallo. —Nada de eso. Recorrieron la galería. La colección Caillebotte había sido expuesta recientemente, y por vez primera los aprendices de pintor podían examinar cómodamente las obras de los impresionistas. Hasta entonces éstas sólo eran visibles en casa de Durand-Ruel en la rue Laffite (y el comerciante —a diferencia de sus colegas ingleses, los cuales adoptaban ante los pintores un aire de superioridad— estaba siempre dispuesto a enseñar al más mísero aprendiz de pintor lo que deseaba ver), o en su domicilio particular, donde los martes no era difícil que le recibieran a uno, pudiendo admirar cuadros de fama mundial. Miss Price condujo directamente a Philip ante la Olympia de Manet. El joven la miró en silencio y asombrado. —¿Le gusta? —preguntó miss Price. —No lo sé. —Le aseguro que es el mejor cuadro del museo, exceptuando el Retrato de mi madre, de Whistler. Le dejó cierto tiempo para que contemplase la obra maestra y luego le condujo ante un cuadro que representaba una estación ferroviaria. —Éste es un Manet. La Gare San-Lazare. —Pero las vías no son paralelas —observó Philip. —¿Qué importa? —dijo miss Price con acento altanero. Philip experimentó una sensación de vergüenza. Fanny Price había aprendido la manera de hablar de los artistas e impresionaba al joven con la amplitud de sus conocimientos. Le fue explicando los cuadros con arrogancia, pero no sin competencia, y le demostró lo que los pintores habían intentado hacer y lo que él debía intentar a su vez. Hablaba haciendo muchos gestos con el pulgar, y Philip, para quien era nuevo todo lo que ella decía, la escuchaba con profundo interés, aunque al mismo tiempo muy sorprendido. Hasta la fecha había adorado a Watts y a Burne-Jones. Los bellos colores del primero y el dibujo afectado del segundo habían satisfecho las exigencias de su sensibilidad estética. El vago idealismo, el asomo de ideas filosóficas que existían en los títulos de los cuadros de ambos concordaban perfectamente con la función del arte tal como él la entendía a través de sus lecturas de Ruskin. Pero aquí era algo distinto. Ningún reclamo moral; la contemplación de estas obras no inspiraba a nadie el deseo de una vida más elevada y más pura. Se sentía más que desconcertado. Por fin dijo: —No puedo más. No creo poder observar más con provecho. Bajemos a sentarnos en el jardín. —Sí, es mejor no tragar demasiado arte de una vez. Cuando estuvieron fuera, Philip le dio las gracias calurosamente por la molestia que se había tomado. —¡Oh, no vale la pena! —respondió miss Price un tanto descortés—: Lo hago porque me divierte. Si quiere iremos mañana al Louvre y luego le conduciré al Durand-Ruel. —Es usted muy amable conmigo. —Por lo menos no cree usted, como

los otros, que sea la peste. —No —repuso sonriendo Philip. —Creen que van a lograr que no vaya más al estudio, pero no se saldrán con la suya. Iré todo el tiempo que sea necesario. La historia de esta mañana es obra de Lucy Otter. Me ha odiado siempre. Ha creído que después de esto no iría más. Se sentiría muy satisfecha si no volviera. Tiene miedo de que yo sepa demasiadas cosas de ella. La joven le contó una historia larga y complicada de la que resultaba que mistress Otter, aquella mujercita de aspecto tan decente, vivía rodeada de intrigas escabrosas. A continuación habló de Ruth Chalice, la muchacha que Foinet había elegido por la mañana. —Ha tenido que ver con todos los que frecuentaban el estudio. Es una verdadera prostituta callejera, y, además, es sucia hasta el insulto. Hace un mes que no se baña; lo sé de cierto. Philip escuchaba con cierto disgusto. Había oído hablar algo sobre miss Chalice, pero era ridículo suponer que mistress Otter, que vivía con su madre, no fuera de una virtud rígida. La mujer que caminaba a su lado poseía una lengua viperina que le causaba horror. —No me importa nada lo que dicen. Continuaré. Sé que tengo talento. Lo siento. Me mataría antes que renunciar. ¡Oh!, no seré el primer caso en que se han reído de uno en la escuela y luego ha resultado que era el único genio del grupo. El arte es lo único que interesa, y deseo dedicarle toda mi vida. Se trata sólo de perseverar y de trabajar. Atribuyó motivos vergonzosos a todos los que no la estimaban lo suficiente. Detestaba a Clutton y dijo que carecía de talento; brillante y superficial, no sabría, sin embargo, acabar una figura en todos los días de su vida. ¡Y Lawson! Un pequeño animal con sus cabellos rojos y sus pecas. Tiene tanto miedo a Foinet que ni siquiera quiere que vea sus obras. —Al menos yo sé afrontarlo, ¿no es cierto? Y no me importa nada lo que diga Foinet. Sé que soy una verdadera artista. Cuando llegaron a la calle donde ella vivía, Philip la dejó lanzando un suspiro de alivio. 44. Sin embargo, cuando miss Price se ofreció a acompañarle el domingo siguiente al Louvre, Philip aceptó. La joven le enseñó la Gioconda, y Philip la contempló experimentando una ligera desilusión. Pero como había leído, hasta aprendérselas de memoria, las cincuenta frases con las que Walter Pater había añadido belleza al cuadro más célebre del mundo, se las repitió a miss Price. —Todo es literatura —respondió la joven con cierto desprecio. Le mostró las obras de Rembrandt, diciendo a propósito de este pintor algunas cosas justas. Se detuvo ante Los discípulos de Emaús. —Cuando llegue usted a sentir la belleza de esto —declaró—, podrá decir que ha empezado a comprender la pintura. Le llevó ante la Odalisque y la Source de Ingres. Era un guía autoritario. No permitía a Philip que contemplase las cosas que deseaba, sino que intentaba obligarle a que admirase aquello que ella admiraba. Estudiaba la pintura con desesperada seriedad, y cuando Philip, al pasar ante una ventana que se abría sobre las Tullerías, alegres y llenas de sol como un paisaje de Rafael, exclamó: «¡Dios mío, qué bello es! Detengámonos un momento», la mujer respondió con indiferencia: —Sí, no es malo. Pero nosotros no hemos venido aquí más que para ver los cuadros. La atmósfera otoñal, alegre y viva, embriagaba a Philip, y cuando hacia el mediodía atravesaron el gran patio del Louvre, sintió deseos de gritar: «¡Al diablo el arte!». — ¡Oiga! ¿Y si nos fuéramos a comer cualquier cosa en uno de los pequeños restaurantes del Boul-Mich? Miss Price le lanzó una mirada escrutadora. —Mi almuerzo me espera en casa —respondió. —Se lo comerá usted mañana. Permítame que la invite. —No veo por qué. —Tengo mucho gusto en ello —dijo sonriendo Philip. Atravesaron el puente y en la esquina del bulevar Saint-Michel vieron un restaurante. —Entremos aquí. —No, esto parece demasiado caro —repitió miss Price mientras continuaba andando con paso firme. Philip se vio obligado a seguirla. Pocos pasos más allá hallaron un restaurante más pequeño, donde había ya unas diez personas comiendo sentadas en mesitas colocadas en la acera, bajo un toldo. En el escaparate podía leerse en gruesas letras blancas: Almuerzo, 1,25, vino incluido. —No encontraremos nada más económico y me parece que tiene buen aspecto. Sentáronse en una mesa vacía y esperaron la omelette que era el primer plato. Philip contemplaba divertido a los que pasaban. Estaba cansado, pero era feliz. —Mire aquel hombre que lleva blusa. ¡Qué tipo más perfecto! El joven miró a miss Price y con gran sorpresa suya vio que tenía los ojos fijos en el plato, sin cuidarse del espectáculo que ofrecía la calle; dos grandes lágrimas le corrían por las mejillas. — ¿Qué diablos le ocurre? —preguntó Philip. —Si me dice usted algo, me levanto y me voy. El joven se desconcertó completamente. Pero, por suerte, en aquel momento llegó la omelette. Philip la partió por la mitad y empezaron a comer. El joven parecía quererse mostrar amable. Pero el almuerzo no resultó lo que se dice un éxito. El modo de comer de miss Price le quitó el apetito a Philip, que era muy melindroso. La joven comía haciendo mucho ruido, ávidamente, como un animal que estuviera en un corral, y después de acabar cada plato rebañaba con el pan, como si no quisiera dejar ni la más pequeña gota de salsa. Sirvieron luego queso de Camembert, y Philip sintió náuseas al ver que miss Price devoraba también la corteza. Si la joven hubiera estado a punto de morir de hambre, no habría devorado con tal ansia. Verdaderamente, miss Price era un tipo extraño. Se la dejaba un día llena de cordialidad y no se sabía si al día siguiente iba a estar irritada y a ser descortés. Pero Philip aprendió mucho de ella, ya que miss Price, aunque no sabía dibujar, conocía todo lo que se podía enseñar y sus consejos resultaban muy útiles. También mistress Otter ayudó a Philip, así como miss Chalice que algunas veces le dirigió observaciones acertadas. Por otra parte, Philip aprendió también algo de las observaciones de Lawson y del

ejemplo de Clutton. Pero Fanny Price se enfadaba cuando el joven pedía consejo a alguien que no fuera ella y luego al volver a solicitar su ayuda después de haber hablado con los demás, se la negaba con brutal descortesía. Sus compañeros Lawson, Clutton y Flanagan le gastaban bromas a propósito de esto. —Vaya con cuidado —le decían—. Está enamorada de usted. — ¡Qué tontería! —decía riendo Philip. La idea de que miss Price pudiera estar enamorada de él le parecía absurda. Al pensar en su realidad, en sus cabellos mal peinados, en sus manos sucias, en el vestido color castaño, manchado y deshilachado, que llevaba siempre, se estremecía. Claro que sufriría gran escasez de dinero, como todos los demás, pero por lo menos hubiera podido lavarse mejor y, con ayuda de un hilo y una aguja, arreglar un poco su vestido, dejándolo algo más decoroso. Philip empezó a clasificar sus impresiones sobre las personas con las cuales estaba en contacto. Desde luego, no era tan ingenuo como en la época en que vivía en Heidelberg, época que le parecía extremadamente lejana. En la actualidad experimentaba un gran interés por la humanidad y sentíase impulsado hacia el análisis y la crítica. Sin embargo, le era tan difícil conocer a Clutton, después de tres meses de intimidad cotidiana, como el primer día que le vio. Sus condiscípulos creían por lo general que era capaz de grandes cosas, y él corroboraba esta opinión, pero ni él ni los otros hubieran podido decir qué cosas hubiera hecho. Estuvo en varios estudios antes de frecuentar el de Amitrano: había estado en el de Julián, en el de Bellas Artes y en el de MacPherson, y permanecía más tiempo en el de Amitrano porque allí se hallaba más tranquilo. No le gustaba enseñar sus dibujos, y, contrariamente a los demás estudiantes de arte, no buscaba ni daba consejos. Se decía que en el pequeño estudio de la rue Campagne Première, que le servía también de dormitorio, tenía cuadros lo suficientemente bellos para hacerle famoso si hubiera consentido en exponerlos. No podía permitirse el lujo de pagar una modelo, pero se dedicaba a pintar naturalezas muertas, y Lawson hablaba constantemente de una bandeja de manzanas que, según sus afirmaciones, era una obra maestra. Era de gusto difícil, y teniendo un ideal que no lograba apresar, se mostraba insatisfecho del conjunto de sus obras; a veces le gustaba una parte de ella, el antebrazo o la pierna de una figura, un vaso o una taza de una naturaleza muerta. Entonces recortaba el trozo elegido y lo conservaba, destruyendo el resto de la tela. Por lo tanto, cuando alguno le pedía que le mostrara sus obras podía responderle que no tenía ni un solo cuadro que enseñar. En Bretaña había conocido a un pintor del cual nadie había oído hablar nunca, un tipo extraño que había sido agente de Bolsa. Clutton había sufrido la influencia de aquel individuo. Se alejaba de los impresionistas y buscaba penosamente una manera personal no sólo de pintar, sino de ver. Philip notaba en él algo extrañamente original. En el Gravier, donde comía, el Versailles o la Closerie des Lilas, donde pasaba la velada, Clutton se mostraba más bien taciturno. Permanecía sentado tranquilamente con una expresión irónica en su mortecino rostro. Sólo hablaba cuando comprendía que había la posibilidad de mostrarse ingenioso. Le gustaba agredir y se divertía cuando había alguien en quien poder ejercitar su espíritu sarcástico. De pintura sólo hablaba con dos o tres personas que le parecían dignas de ser sus interlocutores. Philip se preguntaba si verdaderamente había algo en él. Su silencio, la expresión extraña y el punzante humorismo producían la sensación de que se trataba de una personalidad. Pero todo esto podía no ser más que una máscara que cubriera lo más vacío. Por el contrario, Philip llegó también a establecer una completa intimidad con Lawson. Éste era de un eclecticismo que le hacía simpático. Leía más que la mayor parte de sus condiscípulos, y, aunque sus ingresos eran modestos, compraba libros con el mejor deseo y no se mostraba remiso en prestarlos. De este modo Philip conoció a Flaubert y a Balzac, a Verlaine, a Heredia y a Villiers de L'Isle-Adam. Iban juntos a los teatros de comedia y algunas veces al paraíso de la ópera Cómica. Vivía cerca del Odeón, y Philip compartió muy pronto la pasión de su amigo por las tragedias del siglo XIV y los sonoros alejandrinos. En la rue Taitbout estaban situados los Concerts Rouges, donde por sesenta y cinco céntimos podían escuchar música excelente y beber una bebida más que potable. Las sillas eran incómodas, la sala estaba atestada, el aire resultaba irrespirable debido al humo del tabaco malo, pero su juvenil entusiasmo los hacía indiferentes a tales molestias. A veces se acercaban al Bal Bullier. En tales ocasiones Flanagan se unía a ellos. El carácter excitable y la bulliciosa juventud de éste les hacía reír. Era un gran bailarín y a los diez minutos se había puesto a bailar con cualquier encargada de una tienda, con la que había hecho súbita amistad. El deseo de todos era tener una amante. La querida formaba parte de los accesorios de un estudiante de Bellas Artes en París y daba prestigio ante sus compañeros. Era algo de lo que uno podía vanagloriarse. Pero la dificultad estaba en que todos tenían apenas lo justo para vivir, y aunque se diga que la mujer francesa es tan hábil que tener una en casa cuesta tanto como vivir solo, lo cierto es que no era fácil encontrar una joven dispuesta a confirmar tal punto de vista. Se contentaba, pues, con envidiar y desear a las mujeres protegidas por los pintores que tenían ya un nombre y una posición. Era extraordinaria la dificultad que ofrecía esta cuestión en París. Lawson conocía a una muchacha y quedaba citado con ella. Durante veinticuatro horas se sentía invadido por una ola de lirismo y describía a cuantos hablaba la fascinación que emanaba de la joven conquistada. En tales casos, Lawson llegaba tarde a Gravier, de mal humor y exclamaba poco más o menos: — ¡Que se vaya al diablo! ¡Me han plantado una vez más! No sé lo que no

les gusta de mí. ¿Será mi manera imperfecta de hablar el francés? ¿O serán mis cabellos rojos? ¿Pasa de la raya llevar en París un año y no haber logrado conquistar a ninguna! —No conoces el modo de hacerlo —le espetaba Flanagan. El americano poseía una larga y envidiable lista de triunfos, y aunque no creían todo lo que contaba, sus compañeros habían de rendirse a la evidencia; no todo era mentira. Pero él no buscaba una unión permanente. Tenía que permanecer dos años en París, pues había convenido con su familia que iría a París a estudiar pintura en lugar de ir a la Universidad. Pero cuando acabase tal período volvería a Seattle para cuidarse de la hacienda paterna. Decidido a divertirse todo lo que pudiera durante aquellos meses, buscaba amores variados en lugar de buscarlos duraderos. —No sé qué haces para atraparlas —decía Lawson furibundo. —No es nada difícil atraparlas, muchacho —respondía Flanagan—. No hace falta otra cosa que ir al bulto. Lo difícil es librarse luego de ellas. Para esto me hace falta mucho tiempo. Philip estaba demasiado ocupado con su trabajo, con los libros, con las comedias y con las conversaciones de sus amigos para sentir deseo de una amistad femenina. Pensaba que ya tendría tiempo para dedicarse a ello cuando dominara mejor la lengua francesa. Hacía más de un año que no veía a miss Wilkinson y durante su primera semana de estancia en París había estado demasiado ocupado para poder responder a una carta de ella recibida en Blackstable. Cuando llegó otra, creyendo que estaría llena de reproches, la dejó aparte con la idea de abrirla luego, pero se olvidó de ello y la encontró un mes más tarde en el fondo de un cajón, cuando buscaba un par de calcetines sin agujeros. Miró consternado la carta cerrada; temía que miss Wilkinson hubiera sufrido mucho y se sentía culpable de veras. Aunque probablemente ella ya había superado lo peor. Pensó que las mujeres son a veces excesivas en sus expresiones. Empleadas por ellas, éstas tenían menor significado que cuando las empleaban los hombres. Nada podría en la actualidad inducirle a volverla a ver. No valía la pena de escribir después de un silencio largo. Decidió, pues, no leer la carta. «Supongo que no escribiré más —dijo para sí—. Debe de sospechar que la cosa ha terminado. ¡A fin de cuentas puede ser mi madre!».

Durante un par de horas experimentó algunos remordimientos. Su resolución era indudablemente justa pero no podía, sin embargo, dejar de experimentar un sentimiento de descontento por todo aquel asunto. Miss Wilkinson, en efecto, no escribió más, ni como había temido se presentó en París para ponerle en ridículo ante sus amigos, y poco después la olvidó. Mientras tanto renegaba abiertamente de los viejos ídolos. El estupor con que en los primeros tiempos había contemplado las obras de los impresionistas se había transformado en admiración. Actualmente hablaba con el mismo énfasis que los demás de Manet, Monet y Degas. Compró una fotografía de un boceto de Ingres de la Odalisque y otro de la Ohym. Pendían de la pared encima de su lavabo, de modo que podía contemplar su belleza mientras se afeitaba. En la actualidad estaba convencido de que antes de Monet nadie había pintado paisajes y experimentaba una verdadera emoción ante Los discípulos de Emaús, o ante el cuadro de la Mujer con la nariz picada de pulgas de Velázquez. Verdaderamente no era éste el nombre del cuadro, pero en Gravier lo habían bautizado así para exaltar la belleza de la pintura, no obstante la apariencia más bien repulsiva de la modelo. Al igual que Ruskin, Burne-Jones y Watts, había abandonado el sombrero duro y la corbata azul con lunares blancos que llevaba puestos al llegar a París. Ahora salía a la calle con un sombrero blando de anchas alas, una corbata negra flotante y una capa de corte romántico. Se paseaba por el bulevar Montparnasse como si lo hubiera estado recorriendo desde que nació, y había aprendido, con una perseverancia digna de mejor causa, a beber ajeno sin sentir asco alguno. Se dejaba crecer el cabello, y sólo porque la naturaleza es poco generosa con los deseos de la inmortalidad de la juventud no se dejó también la barba. 45. Philip no tardó en darse cuenta de que todos sus amigos sufrían la influencia de Cronshaw. Lawson tomaba de él sus paradojas, y hasta Clutton, tan dispuesto siempre a aparecer original, se expresaba en los términos que insensiblemente había ido asimilando del otro. Eran suyas las ideas que se desarrollaban alrededor de la mesa, y era suya la autoridad en que fundamentaban sus juicios. Buscando una compensación del respeto que inconscientemente sentían por él, los jóvenes artistas se reían de su debilidad y de sus vicios. —Ese pobre viejo no hará nunca nada que valga la pena —decían—. Es un caso desesperado. Sin embargo, se sentían orgullosos de ser los únicos en apreciar su genio. El poeta no iba nunca a Gravier. Desde hacía cuatro años vivía en pésimas condiciones, con una mujer que Lawson había visto sólo una vez, en un minúsculo alojamiento situado en el sexto piso de una de las casas más desconchadas del Quai des Grands Augustins. Lawson describió con vivacidad la suciedad y el desorden que reinaban allí. —Se respira un hedor capaz de dejarle a uno sin respiración. —No hables de eso mientras comamos, Lawson —protestó uno de los comensales. Pero el joven no resistió el placer de dar pintorescos detalles sobre diversos olores. Con divertido realismo hizo el retrato de la mujer que había abierto la puerta: muy joven, morena, pequeña y gorda, y con un moño de cabellos negros que parecía siempre a punto de deshacerse. Carecía de busto y llevaba una blusa llena de manchas. Con las mejillas rojas, la boca grande y sensual, los ojos brillantes e impúdicos, recordaba a La Bohémienne de Franz Hals que hay en el Louvre. Era de una marcada vulgaridad, que divertía y al mismo tiempo producía horror. Un niño sucio y raquítico jugaba en el suelo. Era notorio que aquella ramera traicionaba a Cronshaw

con todos los jóvenes del barrio, y los ingenuos muchachos que absorbían alrededor de la mesa del café la sabiduría del poeta no acertaban a explicar cómo su penetrante inteligencia y su pasión por la belleza hubiera podido unirse a tal criatura. Pero parecía que Cronshaw era muy pobre. Ganaba escasamente para vivir, haciendo la crítica de las exposiciones de pintura para un par de periódicos de Londres, y algunas traducciones. Había sido corresponsal de un periódico inglés en París, pero le habían despedido por embriaguez. Sin embargo, de vez en cuando mandaba artículos sobre las ventas del Hotel Drouot o sobre algún espectáculo de café cantante. Tenía ya a París metido en la sangre. A pesar de las privaciones, miserias y escaseces de su existencia no hubiera aceptado nunca vivir en otro lugar. Permanecía en París todo el año, incluso en verano, cuando todos sus conocidos se iban, y sentíase completamente en su casa mientras se supiese a un kilómetro del bulevar de San Michel. Lo raro era que no llegó a aprender a hablar en francés aceptablemente y que sus trajes, comprados en la Belle Jardinière, conservaban una apariencia inequívocamente inglesa. Aquel hombre hubiera gozado de grandes éxitos un siglo y medio antes, cuando el arte de conversar era un pasaporte que bastaba para ser acogido en la buena sociedad y la embriaguez no estaba considerada como una cosa vulgar. —Yo hubiera tenido que vivir en el setecientos —decía—. Mis versos se habrían publicado a expensas de una suscripción y hubieran sido dedicados a un noble. Lo que a mí me falta es un mecenas. Me gustaría componer estrofas rimadas al perrito de una condesa. Mi alma aspira a los amores de una camarera y a las conversaciones de los obispos. Citaba al romántico Rolla: *Je suis venu trop tard dans un monde trop vieux*. Le gustaba ver caras nuevas y miró con simpatía a Philip, el cual realizaba discretamente la difícil tarea de hablar lo suficiente para animar la conversación, pero no llegaba a impedir el monólogo. Philip se hallaba fascinado. No se le ocurría pensar en lo poco que había de nuevo en lo que decía Cronshaw y aquel hombre, conversando, poseía un extraño poder. Estaba dotado de una voz bella y potente y presentaba las cosas de un modo que resultaban irresistibles para los jóvenes. Todo lo que decía suscitaba en los otros alguna idea, y a menudo, volviendo a casa, Lawson y Philip se acompañaban uno al otro unas cuantas veces, discutiendo algún problema que una frase pronunciada al azar por Cronshaw había sugerido. Para Philip, que tenía la manía juvenil de querer que todo tuviera un resultado práctico, era desconcertante que la poesía de Cronshaw no obtuviese mayor éxito. Sus producciones líricas no habían sido publicadas nunca en un solo volumen, sino una a una en publicaciones periódicas. Después de haberse hecho mucho de rogar, Cronshaw llevó al café un montón de páginas de *The Yellow Book*, *The Saturday Review* y otras revistas, en cada una de las cuales había una poesía suya. Philip se mostró extraordinariamente sorprendido de encontrar en casi todas ellas reminiscencias de Henley y de Swinburne: era necesaria la espléndida manera de recitarlas de su autor para hacer que sus obras fueran personales. Philip no pudo menos de expresar su desilusión a Lawson, el cual, ni corto ni perezoso repitió sus palabras cuando halló ocasión al propio Cronshaw. La primera vez que Philip, después de esto, volvió a la *Closerie des Lilas*, el poeta le dijo, acompañando sus palabras con una dulce sonrisa: —He sabido que no tiene usted un gran concepto de mis versos. Philip se quedó de una sola pieza. —Sólo puedo decir —respondió— que he experimentado un gran placer leyéndolos. —No trate de halagar mi amor propio —replicó Cronshaw haciendo un gesto con su mano gordezuela—. Nunca he dado importancia a mi obra de poeta. La vida se ha hecho para ser vivida y no para servir de argumento a los escritores. Mi intención es aprovecharme de todas las experiencias que la vida ofrece y de gozar de las emociones que presenta. Considero mis versos como un gracioso pasatiempo que no absorbe la vida, sino que añade placer a ella. En cuanto a la posteridad... ¡Al diablo la posteridad! Philip no pudo menos de sonreír, ya que saltaba a la vista que aquel maestro del arte de vivir no había hecho de su vida más que un fracaso. Cronshaw le miró pensativo y llenó su vaso. Luego mandó al camarero que le comprara un paquete de cigarrillos. —Le divierte a usted oírme hablar así porque sabe que soy pobre, que vivo en un zaquizamí en compañía de una ramera que me engaña con los aprendices de peluquero y con los camareros de café, que traduzco obras de tercer orden para los lectores ingleses y que escribo artículos hablando de cuadros despreciables que no merecen ni que se diga nada malo de ellos. Pero, dígame, por favor: ¿cuál es el sentido de la vida? —Es una pregunta bastante difícil. ¿No podría contestarse usted mismo? —No, porque mi respuesta no tendría ningún valor. Es necesario descubrir por sí mismo el significado de la vida. Dígame: ¿para qué cree usted estar en el mundo? Philip, que nunca se había preguntado aquello, reflexionó un momento antes de responder. —No lo sé. Creo que para cumplir mi deber y hacer el mejor uso posible de mis facultades evitando hacer daño a los demás. —En una palabra: hacer a los otros lo que quieras para ti. —Eso es. —Eso es el cristianismo. —No, el cristianismo no tiene nada que hacer en esto —replicó Philip con vivacidad—. Esto es la moral abstracta. —La moral abstracta no existe. —En ese caso supongamos que usted, cuando se marche después de beber, olvida aquí su portamonedas y yo me lo encuentro. ¿Por qué cree usted que se lo restituiría? No sería ciertamente por tener miedo a la policía. —Por miedo al infierno se odia el pecado y por la esperanza de ir al paraíso se practica la virtud. —Pero yo no creo en el uno ni en el otro. —Puede ser. Tampoco Kant creía en ellos cuando

inventó el imperativo categórico. Usted ha rechazado una fe, pero ha conservado la moral sobre la que esa fe estaba fundada. Desde todos los puntos de vista continúa usted siendo cristiano, y si en el cielo hay un Dios, sin duda alguna recibirá usted su recompensa. No puede concebirse que el Omnipotente sea tan insensato como lo pintan las diversas iglesias. Si usted observa sus leyes, es seguro que no le importará un bledo que crea usted en Él o deje de creer. — Pero si yo olvidase mi portamonedas, también usted me lo restituiría con toda seguridad. — Pero no por motivos de moral abstracta, sino simplemente por temor a la policía. — Hay mil probabilidades contra una de que la policía no lo llegaría a descubrir. — Mis antepasados han vivido tanto tiempo civilizados que el miedo a la policía vive innato dentro de mí. La fille de mon concierge no vacilaría un momento. Me argüirá usted que pertenece a la clase criminal. Nada de eso. Sencillamente: ignora los prejuicios vulgares. — Pero esto es abolir todas las nociones de honor, virtud, bondad y honestidad. — ¿Ha cometido usted alguna vez un pecado? — No lo sé, pero creo que sí. — Habla usted como un cura disidente. Yo no he pecado jamás. Con su abrigo raído, su cuello alzado, su sombrero metido hasta las orejas y sus ojillos brillantes, Cronshaw aparecía extraordinariamente cómico. Pero Philip tomaba las cosas demasiado en serio para pensar en reír. — ¿No se arrepiente usted de nada de lo que ha hecho? — ¿Cómo puedo arrepentirme si todo lo que he hecho era completamente inevitable? — exclamó Cronshaw — Pero eso es fatalismo. — La ilusión del libre albedrío está tan bien arraigada en nosotros que yo la acepto. Obro como si fuera completamente libre. Pero una vez consumada una acción me doy cuenta de que todas las fuerzas del universo han conspirado para ello y que nada del mundo hubiera podido impedirla. Era inevitable. Por lo tanto, si es buena, no tiene ningún mérito, y si es mala, nadie me puede acusar. — La cabeza me da vueltas — dijo Philip. — ¿Un poco de whisky? — Y Cronshaw le entregó la botella—. No hay nada mejor para aclarar las ideas. Si continúa usted bebiendo cerveza se va a volver idiota. Philip negó con la cabeza y Cronshaw continuó: — No es usted un muchacho despreciable, pero no quiere usted beber. La sobriedad estropea las conversaciones. Pero cuando yo hablo de lo que está bien y de lo que está mal... — reanudaba ahora el hilo del discurso — claro está que hablo de modo convencional. No atribuyo ningún significado a estas palabras. Me niego a establecer una jerarquía de las acciones humanas y a declarar que unas son dignas y las otras indignas. Los términos «vicio» y «virtud» no tienen ningún significado para mí. No confiero elogios ni acuso a nadie; sólo acepto. — Pero en el mundo hay también otras personas — objetó Philip. — Hablo por mí. Me doy cuenta de que existen los otros solamente cuando limitan mi actividad. En torno a todos nosotros gira el mundo, y cada uno se cree el centro del universo. Lo que yo no soy capaz de hacer: he aquí lo único que limita mis posibilidades. Vivimos en sociedad porque somos gregarios y la sociedad está unida por la fuerza de las armas — he aquí la policía — y por la fuerza de la opinión pública — he aquí la chismografía del barrio—. Por una parte tiene usted a la sociedad y por la otra al individuo; cada uno es un organismo que lucha por su propia observación. Potencia contra potencia. Yo estoy solo, obligado a aceptar a la sociedad aunque no es que cumpla tal obligación de mala gana, ya que soy débil, y la sociedad, a cambio de los impuestos que pago, me protege contra el más fuerte. Eso sí, me someto a sus leyes sólo porque debo hacerlo, pero no reconozco a la justicia. No conozco a la justicia; conozco solamente el poder. En cuanto he pagado mis impuestos para que la policía me proteja y he hecho mi servicio militar, si es que vivo en un país en que existe servicio militar obligatorio, en el ejército que defiende mi casa y mi país contra cualquier invasión, estoy en paz con la sociedad. La sociedad ha promulgado leyes para mi propia defensa y si yo las contravengo me mete en la cárcel o me mata. Tiene poder para ello, aunque no tenga derecho. Si contravengo las leyes he de aceptar el castigo establecido, pero sin considerarlo como castigo ni estar persuadido de haber hecho nada malo. La sociedad trata de atraerme con el anzuelo de los honores, las riquezas, y la buena opinión de los otros me es completamente indiferente, desprecio los honores y puedo prescindir de los beneficios de la riqueza. — Pero si todos pensarán como usted se acabaría el mundo. — No me importa nada. Me importo sólo yo. Me aprovecho de lo que la mayoría del género humano hace, que marcha siempre en pos de la recompensa, cosa que directa o indirectamente me sirve y me conviene. — Es una manera muy egoísta de considerar las cosas. — ¿Cree usted que los hombres obren por otro motivo que por su egoísmo? — Sí. — De ningún modo. Por el contrario, comprenderá usted que la primera condición para hacer el mundo soportable es reconocer el inevitable egoísmo de la humanidad. Usted aboga en favor del altruismo de los otros. Y es absurdo pedir que ellos sacrifiquen su deseo al de usted. ¿Por qué iban a hacerlo? Cuando se convenza usted dé eso, pedirá menos a sus semejantes. No los desdeñará usted y les mirará con un espíritu más caritativo. Los hombres buscan en la vida una sola cosa: su placer. — ¡No, no y no! Cronshaw se sonrió maliciosamente. — Se rebela usted porque uso una palabra a la que el cristianismo de ustedes atribuye un significado peyorativo. En la escala de valores de ustedes el placer se encuentra en el último escalón y se complacen en hablar de deberes, de caridad y de franqueza. Para ustedes, cuando se habla de placeres, no existen más que los de los sentidos. Los desgraciados esclavos creadores de la moral de ustedes despreciaban una satisfacción que les estaba prohibida

dados los medios modestos que poseían. Sin embargo, el placer se esconde detrás de vuestra virtud. Si el hombre encuentra un placer dando limosnas, se dirá que es caritativo. Si le gusta trabajar para la sociedad, se dirá que se dedica al bien público. Pero es para proporcionarse un placer por lo que dan ustedes dos sous a un pobre, de la misma forma que para placer mío me bebo un vaso de whisky. Sólo que yo no solicito la admiración de nadie. — ¿No ha conocido usted a nadie que hiciera cosas que no le gustaban? —No. La manera de preguntar de usted es errónea. Usted intenta decir que hay personas que aceptan una pena inmediata en lugar de un placer inmediato. La objeción es absurda, así como su modo de exponerla. Si un hombre obra de esta forma es con la esperanza de un mayor placer en el porvenir. Se sorprende usted porque cree que el placer es solamente sensual. ¡Muchacho! El hombre que muere por su país, muere porque esto le gusta, como otro come pepinillos a hurtadillas porque le gustan. Si los hombres pudieran preferir el dolor al placer, haría tiempo que la raza humana se habría acabado. —Cronshaw sonrió y dijo—: He aquí al Oriente fastuoso que le trae una respuesta. Indicó a dos personas que en aquel momento entraban trayendo de la calle un soplo de aire frío. Eran orientales que se dedicaban a la venta ambulante de tapices y alfombras, y cada uno de ellos llevaba cierta cantidad en el brazo. Era domingo por la noche y el café estaba lleno. Los dos vendedores avanzaban entre las mesas, y en aquella atmósfera, densa, cargada de humo y de olores de humanidad, parecían traer un aire de misterio. Llevaban trajes claros, muy usados, y abrigos ligeros que mostraban la trama. Pero su cabeza aparecía cubierta con un turbante. Estaban pálidos por el frío. Uno era de mediana edad, con el rostro encuadrado por una barba negra. El otro, de unos dieciocho años, estaba picado de viruelas y sólo tenía un ojo. Pasaron ante Cronshaw y Philip. —Alá es grande y Mahoma es su profeta —dijo Cronshaw con la mayor seriedad. El viejo avanzó con una sonrisa servil y, después de haber lanzado una mirada oblicua a la puerta, con gesto rápido y furtivo mostró un dibujo pornográfico. — ¿Eres Mazr-el-Din, mercader de Alejandría, o traes tus mercancías desde Bagdad? Y ese joven tuerto, dime, ¿es acaso uno de los tres calendar cuya historia narró Sherezada a su señor? La sonrisa del vendedor, que no había comprendido nada, se hizo más insinuante, y con gesto de conjurado le enseñó una cajita de sándalo. —Mostradnos los tejidos inigualables de los telares orientales —dijo Cronshaw—, porque quiero extraer de ellos una moral para adornar un relato. El oriental desplegó un tapete amarillo y rojo, vulgar y grotesco. —Treinta y cinco francos. —Querido tío, este trapo no ha conocido los telares de Samarcanda y estos colores no han sido fabricados en las tintorerías de Bujara. —Veinticinco francos —dijo sonriendo obsequiosamente el mercader. —A lo mejor es Tulle el lugar donde ha sido fabricada esta tela, o puede que en Birmingham, donde yo he nacido. —Quince francos. —Más vale que te vayas, amigo. Si no lo haces, los asnos salvajes van a ultrajar la tumba de tu abuela materna. Imperturbable, pero dejando de sonreír, el oriental se marchó con su mercancía a otra mesa. Cronshaw se volvió de nuevo a Philip. — ¿Ha estado alguna vez en el museo de Cluny? Hay allí tapices persas que ostentan los colores más exquisitos y un dibujo cuya maravillosa complicación resulta deliciosa y sorprendente. En esos tapices encontrará usted el misterio de la belleza sensual de Oriente, las rosas de Hafiz y la copa de Omar. Pero a poco que se fije verá usted muchas más cosas. Me había usted preguntado cuál es el significado de la vida. Vaya a ver esos tapices cualquier día de éstos y encontrará usted en ellos la respuesta. —Se muestra usted misterioso. —Estoy borracho. 46. Philip descubrió que la vida en París era más costosa de lo que había previsto. En febrero, se había gastado la mayor parte del dinero que consiguió en Inglaterra. Era demasiado orgulloso para acudir a su tutor, y tampoco quería revelar su situación a su tía Louisa, pues era seguro que la pobre mujer habría hecho Dios sabe qué para mandarle alguna cosa de su bolsillo. Se trataba de resistir otros tres meses; al llegar a la mayoría de edad entraría en posesión de su pequeño patrimonio. Mientras tanto podía ir pasando con la venta de las pocas joyas heredadas de su madre. Por entonces Lawson le propuso alquilar entre los dos un pequeño estudio que estaba libre en las proximidades del bulevar Raspail. Costaba muy poco y tenía, además, una habitación que podía servir de dormitorio. Puesto que Philip continuaba yendo por la mañana a la escuela, Lawson podía disponer durante aquellas horas del estudio. Después de haber pasado de una escuela a otra, Lawson se había persuadido de que habría trabajado mejor solo, y propuso tomar un modelo tres o cuatro días a la semana. En el primer momento Philip dudó ante el gasto que aquello suponía, pero hizo un presupuesto y resultó (tenía tal deseo de poseer un estudio que los cálculos fueron hechos muy minuciosamente) que no hubiera podido conseguirlo de haber continuado pagando el alojamiento que en la actualidad tenía. Pese a que el alquiler y los servicios de la portera costaban más bien caros, economizaba en el petit déjeuner que se preparaba con toda parsimonia. Un año o dos antes Philip se hubiera negado a compartir una habitación con otro a causa de su pie deformado. Pero su morbosa sensibilidad había ido disminuyendo: en París parecía que nadie reparaba en ello, y, sin olvidar su desgracia, Philip estaba lejos de creer que los demás se fijasen en ella continuamente. Se instalaron y compraron dos camas, un lavabo, algunas sillas, y por primera vez experimentaron el orgullo de encontrarse en su propia casa. Era tal la excitación que los dominaba que la primera noche que se acostaron en «su casa» permanecieron de charla

completamente desvelados hasta las tres de la madrugada, y al día siguiente se divertieron tanto encendiendo el fuego, haciendo el café y tomándose en pijama, que cuando Philip llegó a Amtrano eran casi las once. Sentíase de excelente buen humor y, acercándose alegremente a Fanny Price, le dijo con tono amistoso: — ¿Cómo le va? — Y a usted ¿qué le importa? — respondió Fanny. Philip no pudo menos de reírse. — No me rechace. Sólo deseo ser amable con usted. — No sé qué hacer de su amabilidad. — ¿Cree usted que vale la pena pelearse también conmigo? — preguntó Philip con dulzura—. ¡Son ya tan pocas las personas con las que está usted en buenas relaciones! — Eso es cuenta mía, ¿no es verdad? — Sin duda. Philip se puso a trabajar preguntándose vagamente por qué se comportaba siempre con tanta aspereza Fanny Price. Llegó a la conclusión de que también a él le era antipática. Igual que a los demás. Sus condiscípulos se mostraban amables con ella sólo por temor al veneno de aquella lengua, ya que, tanto en la cara como por detrás, solía decirles cosas abominables. Philip, que estaba contento, no quería que ni siquiera miss Price experimentara hacia él sentimientos malévolos. Usó del mismo artificio que ya en otras ocasiones le valió para vencer su mal humor: — Quería que viniera a echar una mirada a mi dibujo. Estoy un poco perplejo y no sé cómo arreglármelas. — Mil gracias, pero tengo algo mejor que hacer. Philip la miró sorprendido, pues la única cosa en la que podía contarse con la cortesía de Fanny era en los dibujos. La joven prosiguió en voz baja, vibrante de cólera: — Ahora que Lawson se ha ido cree que puede volver nuevamente a mí. Muchas gracias. Busque otro que le ayude. Yo no soy plato de segunda mesa. Lawson poseía el instinto pedagógico. Cuando encontraba algún «truco» era feliz participádoselo a los demás, y, como experimentaba un placer al enseñar, lo hacía con provecho. Philip había tomado la costumbre de sentarse a su lado, sin pensar que Fanny Price, devorada por los celos, le veía con creciente cólera pedir consejos a los otros. — Se apresuró usted a dirigirse a mí cuando no conocía a nadie — continuó diciendo amargamente la joven—, y en cuanto ha hecho amistad con otros me ha dejado usted como si se tratara de un guante viejo. No me importa lo más mínimo, pero no me dejaré tomar el pelo por segunda vez. En lo que decía había un asomo de verdad que irritó a Philip. En tono seco respondió lo primero que se le ocurrió. — ¡Váyase usted al diablo! Le pedía consejo sólo porque veía que le gustaba darlo. La joven se estremeció, lanzándole una rápida mirada de angustia. A continuación dos lágrimas resbalaron por sus mejillas. Su aspecto era sucio y grotesco, Philip, ignorando el significado de aquella nueva actitud, volvió al trabajo. Turbado y lleno de remordimientos, no quiso, sin embargo, excusarse, temiendo que ella aprovechara la ocasión para tratarle mal. Durante dos o tres semanas Fanny no le dirigió la palabra, y Philip tras superar el leve disgusto que le produjo el no poder contar con los consejos de la muchacha, acabó por experimentar una sensación de alivio al verse libre de una amistad tan pesada. Siempre se había sentido un poco desconcertado ante el aire autoritario que miss Price asumía con él. Verdaderamente era una extraña criatura. Llegaba a las ocho en punto al estudio y en cuanto el modelo se colocaba empezaba a trabajar. Dibujaba constantemente, sin hablar con nadie, luchando hora tras hora contra las dificultades que no acertaba a superar, hasta que daban las doce. Su trabajo no adelantaba nada. No había en él ni el más lejano rasgo de lo que llegaban a hacer los principiantes tras unos meses de trabajo. La joven llevaba siempre el mismo horrible vestido de color castaño, con barro del último día de lluvia y el roto que Philip había notado el primer día y que aún estaba por remendar. Pero una mañana Fanny se le acercó y con el rostro encendido le preguntó si podría hablarle después de la sesión. — Desde luego — repuso sonriendo Philip—. La esperaré a mediodía. Cuando acabó la sesión se acercó a ella. — ¿Quiere usted andar un poco conmigo? — preguntó miss Price mirando turbada a otro lado. — Con mucho gusto. Caminaron un trecho en silencio. — ¿Se acuerda usted de lo que me dijo el otro día? — preguntó de pronto la mujer. — ¡Oh, por Dios, no disputemos! No vale la pena. Fanny Price empezó a respirar más rápidamente. — No tengo ningún deseo de pelearme con usted. Usted es el único amigo que he tenido en París. Creía que sentiría usted un poco de simpatía por mí. Tenía la esperanza de que entre nosotros hubiera algo. Me sentía atraída hacia usted. . . Comprenda lo que quiero decir, por su pie. Philip enrojeció e instintivamente intentó andar sin cojear. Le desagradaba que se hicieran alusiones a su deformidad. Comprendía lo que Fanny quería decir. Fea y poco agraciada, le parecía que la deformidad de su condiscípulo establecía entre ellos cierto lazo. Philip sintió que la cólera se apoderaba de él, pero hizo esfuerzos para dominarla. — Dijo usted que me pedía consejo porque con ello me producía un placer. ¿Cree usted que mi dibujo no vale nada? — Sólo he visto lo que usted está haciendo en Amtrano. Es difícil juzgar por una sola cosa. — ¿Quiere usted ver mis obras? No se las he enseñado a nadie. Me gustaría que las viera. — Es usted muy amable. Las veré con gusto. — Vivo aquí cerca — añadió la joven como si se excusara—. Tardaremos en llegar sólo diez minutos. — Muy bien. Atravesaron el bulevar y entraron en una calle lateral y luego en otra más estrecha, en la que había míseros tenduchos, hasta que se pararon. Subieron una escalera interminable y entraron en un zaquizamí de techo inclinado, cuyas ventanas daban a un patio. La habitación estaba cerrada y dentro de ella se respiraba un olor nauseabundo. A pesar del frío no había nada que demostrase que alguna vez se encendía fuego. La cama estaba deshecha. El mobiliario consistía en una silla, un aparador que también servía

de lavabo y un modestísimo caballete. Sobre la chimenea, entre un montón de tubos de pintura y pinceles, había una taza, un plato sucio y una tetera. —Si se coloca usted en esta parte, lo pondré sobre la silla. Desde aquí lo verá usted mejor. Le enseñé una veintena de telas aproximadamente de sesenta centímetros por cuarenta. Las colocaba sobre la silla una después de la otra, observando la mirada de Philip. Éste no hizo el menor signo ante ninguna. —Le gustan, ¿verdad? —le dijo con acento de ansiedad al poco rato. —Prefiero verlas primero todas. Luego hablaré. Trataba de concentrar sus ideas, pues estaba como horrorizado. Ignoraba lo que podía decir. No sólo estaba todo mal dibujado y los colores eran empleados como lo hubiera hecho un aficionado, sino que estaban hechos con un completo desconocimiento de los valores, y la perspectiva era francamente grotesca. Parecía la obra de un chiquillo de cinco años, pero un niño hubiera intentado al menos copiar lo que veía, mientras que aquello era la obra de una mente vulgar llena de reminiscencias. Philip recordó que aquella mujer le había hablado con entusiasmo de Monet y de los impresionistas. Pero en las obras que tenía delante no había más que las peores tradiciones de la Royal Academy. — ¡Se acabó! —dijo finalmente—. Todo está aquí. Philip no era más puro que cualquier otro, pero decir una mentira tan enorme le resultaba difícil. Enrojeció extraordinariamente al responder: —Me parecen excelentes. El rostro enfermizo de la muchacha se coloreó ligeramente y una leve sonrisa se dibujó en sus labios. —No debe usted decir eso si no lo piensa. —Pero si he dicho lo que pienso. — ¿Ninguna crítica? Seguramente habrá alguna tela que le guste menos que las otras. Philip miró a su alrededor, turbado y al mismo tiempo con desaliento. Vio un paisaje, el típico «rincón pintoresco» de los aficionados, con el viejo puente, la cabaña cubierta de plantas trepadoras, el río que se pierde entre el ramaje. —Desde luego, no pretendo entender —dijo—, pero no estoy seguro de si los valores en ese cuadro son exactos. Fanny Price enrojeció y volvió rápidamente el cuadro contra la pared. —No sé por qué ha elegido éste para ejercitar su crítica. Es la mejor pintura que he hecho. Estoy segura de que los valores son exactos. Esto es una cosa que no se puede aprender. Se tiene el sentido de los valores o no se tiene. —En conjunto sus telas me parecen excelentes —repitió Philip. La joven le contempló con aire satisfecho. —Creo que no hay ninguna de la que deba avergonzarme. Philip miró el reloj. —Se hace ya tarde, ¿sabe? ¿Me permite que la invite a comer? —Tengo ya la comida preparada aquí. Philip no vio rastro de ella, pero pensó que seguramente la conserje se la llevaría más tarde. Aquel vaho le producía dolor de cabeza. 47. Marzo fue un mes muy agitado para los que pensaban acudir al Salón. Clutton, naturalmente, no tenía nada preparado y mostró un gran desprecio hacia las dos cabezas enviadas por Lawson. Era, evidentemente, la obra de un estudiante; honrados retratos del modelo, pero poseían cierto carácter. Clutton, que tendía a la perfección, no era indulgente con los esfuerzos en los que se traslucían los titubeos, y, alzando los hombros, le dijo a Lawson que era una impertinencia exponer cosas que no debieran haber salido nunca del estudio. Su desprecio no disminuyó cuando las dos cabezas fueron aceptadas. También Flanagan probó suerte, pero su cuadro fue rechazado. Mistress Otter envió un impecable Portrait de ma mère, vulgar y sin errores, que fue colocado en excelente sitio. Hayward, a quien Philip no había vuelto a ver desde su partida de Heidelberg, llegó a París para pasar algunos días, a tiempo para asistir a la pequeña fiesta que Philip y Lawson celebraban en su estudio en honor de este último. Philip se había hecho muchas ilusiones al pensar que iba a volver a ver a su amigo, pero se sintió un poco desilusionado. Hayward había cambiado algo. Sus cabellos se habían vuelto más ralos y, como los de todos los rubios, aparecían ahora incoloros y un tanto lacios. También sus ojos azules se habían aclarado. Su mente, en cambio, parecía como si se hubiese oscurecido, y la cultura que había impresionado a Philip cuando tenía dieciocho años suscitaba un poco de desprecio en el Philip de veintiuno. Éste miraba con desdén las opiniones que en un tiempo había tenido sobre el arte, sobre la vida y sobre la literatura, y escuchaba con impaciencia a los que las conservaban. Sin darse cuenta deseaba hacer ostentación de sus nuevas ideas ante Hayward, pero cuando fueron juntos a los museos, le soltó de pronto todas las opiniones revolucionarias que había adoptado recientemente. Le condujo ante la Olympia de Manet y le dijo en tono declamatorio: —Daría todos los viejos maestros, exceptuando a Velázquez, Rembrandt y Vermeer, por este cuadro sin par. — ¿Quién es Vermeer? —preguntó Hayward. — ¿Cómo? ¿No conoce usted a Vermeer? No está usted civilizado, amigo mío. No puede usted vivir un minuto más sin conocerle. Es el único de los viejos maestros que pintaba como los modernos. Arrastró a Hayward fuera del Luxemburgo y lo condujo rápidamente al Louvre. —Pero ¿no hay otros cuadros aquí? —preguntó Hayward, que era un turista concienzudo. —Ninguno que valga la pena de ser visto. El resto puede usted venir solo con su Baedeker a verlos. Llegaron al Louvre, Philip le hizo atravesar la gran galería. —Quisiera ver la Gioconda —objetó Hayward. — ¡Literatura! —exclamó Philip. Finalmente, en una de las salas pequeñas, Philip se detuvo ante La encajera de Vermeer van Delft. —Éste es el mejor cuadro del Louvre. Un verdadero Manet. Con un expresivo y elocuente ademán, Philip subrayaba las particularidades de aquella obra exquisita. Empleaba la jerga de los pintores, exagerando los efectos. —No sé lo que encuentra usted de extraordinario —dijo Hayward. — Evidentemente se trata de pintura pura —repuso Philip—. Comprendo que el profano no repare en su belleza. —

¿Quién? —El profano. Como muchas personas aficionadas al arte, Hayward estaba muy lejos de creer que tuviera razón. Dogmático con los tímidos, era de una gran modestia con los que se mostraban seguros de sí mismos. Impresionado por la seriedad de Philip, no discutió la implícita jactancia del pintor, seguro de que éste era el único juez competente en materia de arte. Un par de días después se celebró la fiesta de Lawson y Philip. Excepcionalmente aceptó el ir a comer con ellos, y miss Chalice ofreció encargarse de la cena. Pero amiga de su sexo declinó la propuesta de invitar a otras mujeres. Clutton, Flanagan, Potter y otros dos completaban la reunión. El mobiliario era escaso, así que el tabladillo de los modelos fue utilizado como mesa. Los invitados podían sentarse sobre baúles y maletas, o, si lo preferían, en el suelo. El festín consistía en un pot-au-feu cocinado por miss Chalice, en una pierna de carnero asada, comprada en la salchichería, caliente y muy sabrosa —miss Chalice había cocinado las patatas y el estudio olía a zanahorias fritas, que era su especialidad—, seguidas de poires flambées al coñac, que Cronshaw había accedido a preparar. La comida debía terminar con un enorme fromage de Brie, que estaba junto a la ventana y añadía su agudo perfume a los otros de que estaba lleno el estudio. Cronshaw se sentó en el sitio de honor, sobre una maleta de tela, con las piernas cruzadas a la turca y dirigiendo una radiante sonrisa a la juventud que le rodeaba. Por la fuerza de la costumbre, aunque el pequeño estudio estuviera calentado por la estufa, no se quitó el sombrero ni el abrigo, permaneciendo con el cuello levantado. Miró con satisfacción las cuatro botellas de chianti que había ante él, dos a cada lado de una botella de whisky, y dijo que le parecía estar viendo a una delicada y rubia circasiana guardada por cuatro corpulentos eunucos. Hayward, para no desentonar de los otros, se había puesto un traje de lana a cuadros y una corbata también a cuadros. Resultaba grotescamente inglés. Los otros se mostraban estudiadamente corteses con él, y durante la sopa hablaron del tiempo y de la situación política. Hubo una pausa mientras se esperaba la pierna de carnero; miss Chalice encendió un cigarrillo. — ¡Rampunzel, Rampunzel, desátame el cabello! —dijo de pronto. Con elegancia se desató un lazo y las crenchas le cayeron sobre los hombros. Agitó la cabeza. —Me siento mejor cuando tengo el cabello suelto. Con sus grandes ojos oscuros, el rostro afilado y ascético, la piel clara y la frente ancha, parecía arrancada de un cuadro de Burne-Jones. Tenía unas bellas y delicadas manos pese a los dedos manchados de nicotina. Vestida de verde y lila llevaba con ella la atmósfera romántica de High Street, en Kensington. Poseía un aire de estética decadente y viciosa, pero en realidad era una excelente criatura, buena y generosa, y su actitud no era sino superficial. Llamaron a la puerta y todos lanzaron un grito de alegría. Miss Chalice se levantó y fue a abrir. Recibió la pierna y la mantuvo en alto como si fuera la cabeza del Bautista en bandeja de plata. Luego, con el cigarrillo todavía en los labios, avanzó con paso hierático. — ¡Salve, hija de Herodías! —gritó Cronshaw. El carnero fue devorado con verdadero gusto, y todos observaron con placer el buen apetito de la muchacha. Clutton y Potter estaban a su lado, y todos sabían que para ninguno de los dos había sido demasiado severa. Miss Chalice se cansaba de casi todos sus amantes después de un mes y medio, pero sabía cómo tratarlos a continuación, no guardando ningún rencor hacia ellos porque después de haberlos amado no le siguieran gustando. Los trataba cordialmente, pero sin familiaridad. Mientras tanto, miraba a Lawson con ojos melancólicos. Las poires flambées tuvieron un gran éxito, debido en parte al coñac, y en parte a que miss Chalice sostuvo que era necesario comerlas con queso. —No sé si es algo exquisito o si es algo a propósito para vomitar —dijo después de probar la mezcla. El café y el coñac estuvieron lo bastante a punto para conjurar esta eventualidad, y todos se colocaron lo más cómodamente posible para fumar. Ruth Chalice, que en todas sus actitudes ponía algo artístico, se acurrucó junto a Cronshaw y apoyó sobre el hombro del poeta su graciosa cabecita. Miraba en el oscuro abismo del tiempo con ojos pensativos, lanzando de vez en cuando una larga mirada a Lawson y suspirando profundamente. Cuando llegó el verano todos aquellos jóvenes se vieron atacados de deseos de marcharse. El cielo azul los empujaba hacia el Norte y la agradable brisa que murmuraba entre las hojas de los plátanos de los bulevares les hacía desear el campo. Todos proyectaban salir de París mientras discutían la medida de las telas que iban a llevar, se proveían de cartones para los esbozos y confrontaban los méritos de varios lugares de Bretaña. Flanagan y Potter se marcharon a Concarneau; mistress Otter y su madre, siguiendo su instinto natural, que las guiaba hacia las cosas más vulgares, fueron a Pont-Aven; Philip y Lawson se decidieron por el campo de Fontainebleau, y miss Chalice les consiguió un excelente alojamiento en Moret, donde había muchos rincones dignos de ser reproducidos. Por otra parte, el lugar estaba muy cerca de París y ni Philip ni Lawson estaban en disposición de gastar en tren. Ruth Chalice iba a pasar las vacaciones en el mismo sitio y Lawson pensaba hacerle un retrato al aire libre. Por aquel tiempo el Salón estaba lleno de retratos hechos en jardines, bajo la luz del sol, con la figura rodeada de centelleos y manchada con los verdes reflejos del follaje iluminado. Los dos amigos preguntaron a Clutton si quería unirse a ellos, pero éste prefería pasar el verano completamente solo. Por entonces había descubierto a Cézanne y estaba impaciente por marcharse a Provenza. Pensaba en los cielos pesados, cuyo azul ardiente parecía próximo a fundirse en algo así como gotas de sudor; en las anchas calles, blancas y polvorientas, en los pálidos tejados quemados por

el sol, en los olivos amarillos por el calor excesivo. El día anterior a la fecha fijada para la marcha, después de la sesión matutina, Philip, mientras se quitaba su bata, se dirigió cordial y alegremente a Fanny: —Me voy mañana por la mañana. — ¿Adónde? —preguntó rápidamente la joven—. ¿Deja usted París? —su rostro parecía entristecido. —Estaré fuera todo el verano. ¿Usted no se marcha? —No; me quedo en París. Creía que se quedaría también usted. Me figuraba. . . Se interrumpió y alzó los hombros. —Pero aquí hará un calor horroroso. ¿No estará usted molesta? — ¿Qué le importa a usted si estaré molesta o no? ¿Adónde se va usted? —A Moret. —Allí va también Chalice. ¿No va usted con ella por casualidad? —No, voy con Lawson. Pero también irá ella. Sin embargo, no vamos juntos. La joven emitió un sonido gutural y en su rostro apareció un sombrío rubor. — ¡Qué asco! ¡Y yo que me había creído que usted era un muchacho decente! Era usted una excepción aquí. Ha tenido que ver con todos: con Clutton, con Potter, con Flanagan, hasta con el viejo Foinet. Por eso se interesa él tanto por ella. Y ahora dos a la vez, usted y Lawson. Me produce náuseas. — ¡Qué tontería! Es una muchacha excelente. Se está con ella como con un compañero. — ¡Oh, cálese! No me diga más. ¡No me hable! —Pero ¿qué le importa a usted? No debe preocuparle que yo pase las vacaciones en un sitio o en otro. — ¡Esperaba con tanta ansiedad esta temporada! —suspiró la muchacha casi hablando consigo misma—. No creía que tuviera usted dinero para salir fuera, y aquí no habría quedado ningún otro; hubiéramos trabajado juntos y habríamos visto tantas cosas bellas como hay —sus pensamientos volvieron a Ruth Chalice—. ¡Esa asquerosa ramera! No es digna de que se le dirija la palabra. Philip la observaba con el corazón en un puño. No era fatuo y no creía que ninguna muchacha pudiera enamorarse de él, consciente de su deformidad, torpe y tímido con las mujeres. No acertaba a explicarse de otro modo aquella explosión. Con un sucio traje de color castaño, con los cabellos que le caían sobre el rostro, desaseada y desordenada, Fanny Price permanecía en pie ante él: lágrimas de cólera le resbalaban por las mejillas. Era repugnante. Philip dirigió una mirada a la puerta esperando que alguien viniera a poner fin a aquella escena. —Estoy desolado —dijo al fin. —Es usted como todos los hombres. Toma usted solo lo que puede tomar sin dar las gracias siquiera. Le he enseñado cuanto usted sabe. Nadie se preocupó de usted. ¿Le ha mirado nunca Foinet? Y le digo una cosa: podrá usted trabajar aquí mil años, pero no hará nunca nada. No posee usted el menor talento, la más pequeña originalidad. No soy yo sola quien lo dice, lo dicen todos. No será usted nunca un artista. —Tampoco esto le importa a usted lo más mínimo —repuso Philip poniéndose colorado. — ¡Oh!, cree usted que yo hablo así porque estoy enfadada, ¿verdad? Bien, pregúnteselo a Clutton, a Lawson, a Chalice. Jamás, jamás, jamás. No tiene usted nada dentro de sí. Philip se encogió de hombros y salió. Y la mujer le gritó una vez más: — ¡Jamás, jamás, jamás! Moret, en aquella época, era una pequeña ciudad a la antigua, situada en el límite del bosque de Fontainebleau, con una sola calle; Écu d'Or era una posada que conservaba aún algo en ancien régime. La habitación de miss Chalice tenía una terracita que daba sobre el río —el Loing—, con una bella vista sobre el viejo puente y la puerta fortificada. Por la noche, después de cenar, los tres se reunían en aquella terracita para tomar café y discutir de arte. Un poco más allá un estrecho canal, flanqueado de álamos, iba a morir en el río. Después del trabajo de la jornada, Philip, Lawson y miss Chalice iban a menudo a pasear río abajo. Pasaban el día pintando. Como muchos de su generación, el terror que les inspiraba lo pintoresco les producía una especie de obsesión, y volvían la espalda a las bellezas de la ciudad para buscar asuntos que carecían de la gracia que despreciaban. Sisley y Monet habían pintado aquel canal con sus álamos, y ellos querían intentar la reproducción de aquel típico rincón de Francia, pero, asustados ante su belleza convencional, decidieron evitarla. Miss Chalice, dotada de una habilidad que impresionaba a Lawson a pesar de su desprecio por el arte femenino, empezó un cuadro en el que quiso evitar la vulgaridad dejando fuera la cima de los árboles; Lawson tuvo la brillante idea de colocar en primer término un cartel anunciador del Chocolat Menier, expresando así su desprecio hacia los asuntos que se encuentran en los estuches de confitería. Philip empezaba por entonces a pintar al óleo. Sintió un estremecimiento de emoción la primera vez que se sirvió de este agradable sistema. Salía por la mañana con Lawson, llevando su caja de colores, y se sentaba a su lado poniéndose a pintar una pequeña tabla. Le producía tanta satisfacción que no se limitaba a hacer sólo una copia. Veía con los ojos de su compañero. Lawson pintaba en tonos oscuros y los dos veían el verde esmeralda de la hierba como si fuese una tela de terciopelo oscuro, mientras el esplendor del cielo era, bajo sus pinceles, casi violeta. Julio fue una bella sucesión de días en extremo calurosos. Aquel clima hacía que una intensa languidez se apoderase de Philip, el cual no tenía ánimos para trabajar. Pasábase la mañana a la orilla del canal, bajo la sombra de los álamos. Leía unas pocas líneas y luego estaba media hora soñando. A veces alquilaba una bicicleta desvencijada y avanzando por la polvorienta carretera llegaba hasta la floresta, tendiéndose en cualquier claro. Le parecía que entre los árboles erraban, alegres y ligeras, las damas de Watteau con sus caballeros, murmurando frases espirituales y frívolas a pesar de sentir el peso de un miedo sin nombre. Estaban solos en la posada, a excepción de una gruesa francesa de mediana edad, una figura rabelesiana de sonora risa, la cual se pasaba la jornada junto al río, intentando coger peces inapresables. A

veces, Philip bajaba a charlar con ella. De esta forma se enteró de que la mujer había pertenecido a una profesión cuyo miembro más notorio para nuestra generación ha sido «mistress Warren»; como había sabido ahorrar, vivía ahora como una tranquila burguesa. Contó a Philip anécdotas picantes. —Debe usted ir a Sevilla —le decía hablando un pésimo inglés—. Allí hay las mujeres más bellas del mundo. Le miraba e inclinaba la cabeza; su triple barbilla y su vientre voluminoso se estremecían bajo los efectos de una risa contenida. La temperatura había llegado a ser tan insoportable que durante la noche no se podía dormir. Parecía que el calor se mascase bajo los árboles, como algo tangible. Buena parte de la noche permanecían en la terraza de Ruth Chalice, demasiado cansados para poder hablar, pero gozando voluptuosamente de aquella calma. Escuchaban el murmullo del río. El reloj de la iglesia daba la una, las dos y a veces las tres antes de que se decidieran a marcharse a la cama. De súbito Philip se dio cuenta de que Lawson y Ruth eran amantes. Lo adivinó en el modo como la muchacha miraba al pintor y por los aires de dueño que él se tomaba. Una especie de efluvio los circundaba. La revelación le produjo una gran impresión. Había considerado a miss Chalice como un buen compañero con el que hablaba de buena gana, pero nunca creyó posible que pudiera tenerse con ella una relación más íntima. Un domingo se fueron al bosque llevando con ellos la merienda. Cuando llegaron a un claro de apariencia bastante selvática miss Chalice quiso quitarse las medias y los zapatos. Habría sido una cosa bonita si no hubiese tenido los pies tan grandes y un grueso callo en el dedo de en medio. Esto la hizo aparecer un tanto ridícula a los ojos de Philip. Pero al mismo tiempo la veía desde un punto de vista distinto. En sus grandes ojos y en su piel de tono oliváceo había un no sé qué de dulce y femenino, y se llamaba tonto a sí mismo por no haberse dado cuenta antes, de que era atrayente. Creía percibir en la muchacha un ligero desprecio hacia él porque no había tenido la habilidad de aprovechar la ocasión, y en Lawson un asomo de superioridad. Envidiaba a su compañero y sentía celos, no de él, sino de su amor. Hubiera querido estar en su puesto y sentir con su corazón. Se sentía turbado, temeroso de que el amor pasara ante él sin detenerse. Deseaba verse entre las redes de una pasión. Anhelaba sentirse transportado y zarandeado por un arrebato de pasión irresistible. Miss Chalice y Lawson le parecieron ahora muy diferentes de antes y su compañía hacía que se sintiera inquieto. Estaba descontento de sí. La vida no le daba lo que esperaba; experimentaba la desagradable sensación de estar perdiendo el tiempo. La voluminosa francesa no tardó en adivinar las relaciones de la pareja y habló a Philip con gran desenfado. —¿Y usted? —le preguntó con la sonrisa tolerante del que está acostumbrado a los vicios del prójimo—. ¿No tiene usted una petite amie? —No —contestó Philip enrojeciendo—. ¿Por qué no? C'est de votre âge. Philip encogió los hombros. Llevaba en la mano un volumen de Verlaine y se alejó. Intentó leer, pero su turbación era demasiado grande. Pensó en los amores fortuitos conocidos por él gracias a Flanagan, en las visitas fugaces a cierta casa donde había un salón con divanes cubiertos de terciopelo, en la gracia mercenaria de las mujeres que usaban afêites. Se estremeció, y, echándose sobre la hierba, se estiró como un animal recién despierto, y el murmullo del agua, los álamos que temblaban suavemente bajo la presión de la leve brisa, el cielo azul, le parecieron casi insoportables. Estaba enamorado del amor. En su excitación sintió sobre su boca unos labios ardientes y alrededor de su cuello la caricia de unas manos suaves. Se imaginó a sí mismo entre los brazos de Ruth Chalice y pensó en los ojos negros de la muchacha y en su magnífica piel. Había sido tonto no aprovechando tan maravillosa aventura. Si Lawson había triunfado, ¿por qué no podía triunfar él? Todo eso se lo decía a sí mismo cuando no la veía, cuando yacía en el lecho despierto o soñaba a la orilla del canal. Pero ante ella sus sentimientos cambiaban. No sentía el menor deseo de cogerla entre sus brazos ni podía pensar en la eventualidad de besarla. Era algo muy extraño. Lejos de ella, la creía bella, recordando sólo sus magníficos ojos y la suavidad de su piel opaca. Pero cuando se encontraba junto a ella veía sólo que carecía de pecho, que tenía los dientes cariados y, además, le era imposible olvidar sus callos. No conseguía comprenderse a sí mismo. ¿Estaría condenado a amar siempre a distancia y sin alegría por su afán de exagerar los defectos físicos? No se disgustó cuando el cambio de tiempo que anunciaba el fin del verano los hizo regresar a París. (*university dawson creek*).

Audiolibro Servidumbre
Humana W Somerset Maugham
Cap Tulos Del 41 Al 47

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>